CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

409 29

LA ESPAÑA DRAMATICA

DE

D. JOSÉ GARCIA DE SOLÍS.

LA BATALLA DE LEPANTO.

8 RS.

N.º 337.

MADRID:

LIBRERÍA DE CUESTA
calle de Carretas, núm. 9.

OFICINA DEL CÍRCULO
Lope de Vega, 26, principal.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, NUM. 29.
1861.

...LOGO de las obras dramáticas de la...

LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de estado.
El primer giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.
Frutos amargos.
La batalla de Lepanto.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos vé.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las ojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.

LA
BATALLA DE LEPANTO

DRAMA HISTÓRICO DE GRAN ESPECTÁCULO

EN

SEIS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

D. ANTONIO MALLÍ DE BRIGNOLE.

Representado catorce noches consecutivas en el teatro de Novedades con extraordinario éxito.



N.º 337.

MADRID:

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, NÚM. 29.

1861.

PERSONAGES.		ACTORES.
DOÑA SOL GOMEZ DE LA VEGA.	D.ª	María Rodriguez.
DOÑA BEATRIZ DE MONCADA.		Purificacion Guanter.
ROSA, (aya de doña Sol.). . . .		Teresa Lopez.
DOÑA ANA, (niña de 4 años.) .		Josefa Furnell.
D. JUAN DE AUSTRIA. . . .	D.	Juan de Alba.
EL REY FELIPE II..		Eduardo Cortés.
PEDRO GOMEZ DE LA VEGA (MELQUÍ).		Antonio Bermonet.
D. JUAN MONCADA.		Eduardo Iroba.
JOSE PEREZ (HASSAN). . . .		Carlos Sanchez.
RUI-GOMEZ DE SILVA. . . .		Atanasio Maré.
D. LOPE DE FIGUEROA. . . .		José Mesejo.
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.		Dalmacio Detrell.
ALI-BAJA.		Juan Fugull.
HISSEM, pirata.		José Diez.
AGENIZ..		Pedro Rimet.
UN PREGONERO.		José Manero.
UN CAPITAN..		Alejandro Olaso.
UN SOLDADO.		José Vidales.
MUJER 1.ª..	D.ª	Felipa Guanter.
MUJER 2.ª..		Dolores Gomez.
MUJER 3.ª..		Nieves García.
MUJER 4.ª..		Enriqueta de Montes.
HOMBRE 1.º.	D.	Jose Nadal.
HOMBRE 2.º.		Cárlos Vidarte.
MORISCO 1.º.		Jose Sanz.
MORISCO 2.º.		Cayetano Plá.
SOLDADO 1.º.		Pedro Oliva.
SOLDADO 2.º..		Cárlos Petrillo.
CORTESANO 1.º..		Jose Soler.
CORTESANO 2.º..		Ildefonso Fó.

Damas, caballeros, dignidades, pages, maceros, reyes de armas, guardia tudesca, arcabuceros, frailes gerónimos, ballesteros, soldados de D. Juan, marineros, remeros, alguaciles y pueblo.

ACTO PRIMERO.

GRANADA.

El teatro está dividido: la parte de la izquierda la ocupa una casa de dos pisos, de pobre apariencia. En la pared divisoria hay una puerta en el piso bajo y en el alto una ventana.—La pared que forma el fondo, tiene en el piso bajo una puerta secreta.—En la izquierda del piso bajo una puerta y otra encima de esta en el piso alto.—Al fondo de la izquierda del piso bajo, una escalera que sube al piso alto: estos dos pisos están abiertos á la parte del público para que pueda verse lo que en ellos sucede.—La parte derecha del teatro, es la calle del Zacatin de Granada, que termina al fondo con la Plaza Nueva, que se verá en lontananza.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DONA SOL.—ROSA.—DOÑA ANA en el piso alto de la casa.—Luego hombres y mujeres del pueblo, moriscos y moriscas que van saliendo en tumulto y hablando entre sí, y se reunen en la calle en corrillos y con animacion, y por último un pregonero y dos alguaciles.

SOL. Hija del alma!... (*Abrazándola.*) Por fin
te encuentras junto á tu madre,
y de su lado jamás
volverás á separarte.
ROSA. No, doña Sol! Dios no quiera...
SOL. Mírala, Rosa... (*Besándola.*) es un ángel!

ROSA. Bella, como vuestro nombre!...

(El pueblo que ha salido, se agolpa y murmura.—Sale un pregonero con clarin, y un papel que se dispone á leer despues del toque del clarin, y dos alguaciles con hachas.)

SOL. Qué ruido se oye en la calle?

ROSA. No sé, señora.

(*Suena el clarin.*)

SOL. Un clarin!
Medroso el corazon late!
Qué nueva desdicha?...

ROSA. Oigamos.

(*Se asoman á la ventana.*)

SOL. Un pregon!

ROSA. Dios nos ampare!

PREGON. (*Leyendo en tono de pregon.*) «El grande, noble »é ilustre príncipe don Juan de Austria, ha visto »con indignacion la mala fé con que los nuevos »convertidos han violado la paz, que recientemente les otorgara, levantando otra vez el estandarte de la rebelion en las Alpujarras, y les »declara una guerra de exterminio.»

(Murmullos entre el pueblo.)

SOL. (*Azorada.*) Gran Dios!

ROSA. Silencio, señora.

PREGON. «Habiendo sabido que se introducen secretamente »en Granada algunos moriscos, con el pérfido »objeto de sublevar los ánimos de los pacíficos »habitantes de esta noble ciudad, declara traidor »á cualquiera que oculte á uno de estos infames »que están sentenciados á muerte en castigo de »su crímen, ofreciendo veinte ducados por cada »uno que le sea presentado.» (*Toca otra vez el clarin y se va con los alguaciles.)*

PUEBLO. Viva!

(El pueblo se va alejando poco á poco, murmurando

entre ellos en distintas direcciones hasta quedar sola la calle.)

SOL. Ay Rosa! Otra vez la lucha
sanguinaria va á trabarse!
Mi hermano á las Alpujarras
partió cerca de un mes hace,
y tiemblo que él haya alzado
el fatídico estandarte!

ROSA. Y áun pensais en un hermano
que os ha abandonado infame!

SOL. Qué importa que él me abandone?...
Una misma es nuestra sangre,
y á pesar de su dureza
no puedo dejar de amarle.
Además; en su conducta
crüel, es la mia parte.
Desde que á Valladolid
fuí á implorar de mi padre
el perdon, deshecha en llanto,
del rey á las plantas reales,
porque sentenciado á muerte
se hallaba en lóbrega cárcel,
cómplice de Aben-Humeya
en los traidores desmanes,
el cariño de mi hermano
en dureza ví trocarse,
porque sospecha el amor
que en el pecho mio arde
por un cristiano, enemigo
de su raza y sus altares.

ROSA. Y él, como vos, no ha jurado
fé al Nazareno constante?

SOL. Ay, Rosa... que de este asunto
poco entiendes... poco sabes!
Yo, mujer tierna y sencilla,
la religion de mis padres

abjuré, porque su error
ví ante mis ojos palpable:
y al Dios de misericordia
y de paz fuí á postrarme,
abrazando con fervor
su religion saludable,
porque en su madre bendita
ví mi cariñosa madre!
Mas mi hermano solamente
lo hizo para libertarse
de la muerte, y conspirar
contra el español triunfante
más libremente, escudado
con un manto invulnerable.

Rosa. Nada de él temais! Ignora
vuestra pasion, y no sabe
tampoco que hay esa niña
que al pecho estrechais amante.

Sol. Ese es mi mayor recelo
y el más fiero de mis males;
que llegue á saber un dia
que mi honor mancillé frágil!
Así, resuelta me encuentro
por los consejos guiarme
de mi don Juan, y á Madrid
partir sin perder instante,
para librar á mi hija
de su furia incontrastable.

Rosa. Pues bien: vedla en vuestros brazos!
Por órden mia, esta tarde
de Santa-Fé la ha traido
su nodriza aquí, empleándose
para ello todo el misterio
que exige caso tan grave.

Sol. Gracias, Rosa! Cómo puede
tal lealtad recompensarse?

Hija mia! (*Abrazándola.*) Tú el consuelo
serás de tu triste madre!
Tú me darás el valor
que para partir me falte!
Con la ausencia de un hermano,
tengo derecho á estrecharte
contra el corazon materno
que amoroso por tí late.
Hasta hoy, cauta y temerosa,
de todo el mundo ocultándome,
pude verte en Santa-Fé
al dia cortos instantes,
apagando los sonidos
de mis besos maternales!
Desde ahora, no más zozobra!
Presto mi don Juan amante
vendrá, y podré con su auxilio
libre en la córte mirarme.
En salvo allí, el sacerdote
me hará esposa en los altares.

ROSA. Don Juan es un caballero
noble, de régio linage...
digno hijo de Cárlos V,
y como quien es, portarse
sabrá.

SOL. Mientras separada
de él estuve, fueron grandes
mis tormentos, y crecieron
mucho más cuando fuí madre.
Mas, desde que el rey Felipe
segundo, llegó á nombrarle
gobernador de Granada,
con un placer inefable
he visto correr dos años,
en la ventura embriagándome.
Mi hermano no más empaña

tan puras felicidades,
pretendiendo que con Perez,
ó mas bien Hassan, me case.

ROSA. Pero habeis ido evadiendo
con pretextos ese enlace:
y habiendo partido entrambos,
sin saberse á qué parage
más há de un mes, vuestra alma
no tiene por qué inquietarse.

SOL. Pero tiemblo su regreso!
Él de su nobleza árabe
orgulloso, ya sospecha
que yo sus blasones manche.
Por mi firme negativa,
adivina que constante
amo á un cristiano, aunque ignore
su nombre y su ilustre clase.
Ah! tiempo hace hubiera muerto
al rigor de mis pesares,
si tu afecto de aya fiel,
Rosa, no me consolase!

ROSA. Yo os vi nacer... en mis brazos
rindió el alma vuestra madre!
Juntas la ley abjuramos
del error, en los altares
de un Dios, consuelo y refugio
de los míseros mortales...
y él manda del afligido
consolar las penas graves.

SOL. Gracias! Tus dulces palabras
son bálsamo inapreciable!
sube á mi hija: unos momentos
en esta noche descanse,
y dispongamos la marcha
para cuando el dia aclare.
(*Vánse las dos á la habitacion de arriba.*)

ESCENA II.

Varios soldados armados cruzan la calle.—Detrás se presentan HASSAN.—MELQUI.

HASSAN. No más cobarde inaccion!
Ya el edicto has escuchado,
y de ese tirano odiado
no hay que esperar compasion.
MELQUÍ. Lo sé muy bien.
HASSAN. De esa suerte.
es fuerza nos ocultemos;
que en Granada alcanzaremos
estéril y pronta muerte.
MELQUÍ. Juzgas que morir me aterra?
HASSAN. Y á qué exponernos, insanos,
mientras que nuestros hermanos
nos llaman para la guerra?
Guerra en que potentes garras
los tigres esgrimirán,
y al leon destrozarán
en las fuertes Alpujarras.
MELQUÍ. Esa guerra mi furor
ha encendido nuevamente,
que hace un mes marca mi frente
el sello del deshonor!
Hace un mes averigüé
que era el Austriaco arrogante
de mi hermana impura, amante,
y vengarme de él juré.—
Sí, hermana vil! mi baldon
en tí vengar necesito,
y en el vástago maldito
de tu nefanda pasion.

HASSAN. Ah! No recuerde tu labio
lo que en ira enciende el pecho!
A entrambos al par ha hecho
ese cobarde hondo agravio!
Yo á Zaida hermosa adoraba
como á una hurí bendecida,
y extasiado, mi alma y vida
con afan la consagraba.
Ese sueño celestial
destrúyese de repente...
yo destrozaré potente
á mi execrable rival.
Yo venganza buscaré...
Mi furia en nada repara...
con un crímen nos separa,
con otro me vengaré.

MELQUÍ. Los dos en él saciaremos
muy pronto nuestro rencor.
En la liza con valor
su arrogancia humillaremos.
Pero ántes debo vengarme
de la pérfida mujer
que me deshonra, y del ser
que al mundo vino á ultrajarme.
Hoy mi hermana le ha traido
con misterio y precaucion,
creyendo ¡nécia ilusion!
que ausente nada he sabido.
Hoy le hará mi mano trizas,
sin que piedad me merezca;
y ántes que el dia amanezca
será esa casa cenizas. (*Por la de Sol.*)

HASSAN. Melquí!

MELQUÍ. No tengas temor.
Salvos saldremos de aquí,
y haremos brillar allí

esplendente nuestro honor.
Mi hermana me seguirá,
Hassan, de fuerza ó de grado,
á nuestro asilo ignorado:
por Mahoma abjurará
de Cristo la religion,
y mientras tenga existencia,
la haré espiar sin clemencia
su impureza y su traicion!

HASSAN. Gente se aproxima.

MELQUÍ. Entremos
en mi casa sin demora...
y en esa hermana traidora
nuestra venganza empecemos.

(Saca una llave, abre la puerta de la casa, y entran los dos en ella, volviendo á cerrar con precaucion.— Don Juan de Austria y Moncada aparecen en la calle.)

ESCENA III.

MONCADA.-DON JUAN, en la calle.—MELQUI.-HASSAN, en el piso bajo de la casa.

MONCADA. No tengais duda, don Juan:
vuestro pregon ocasiona
la agitacion que esta noche
en los moriscos se nota.

HASSAN. (*Mira por la cerradura.*)
Es el Austriaco!

MELQUÍ. Escuchemos
su conversacion ahora. (*Escuchan.*)

D. JUAN. Por fin, tomaré venganza
de la muerte ignominiosa
de don Rodrigo Quijada,
varon de prudencia heróica,

á quien debí en la niñez
solicitud previsora,
educacion paternal
y constancia cariñosa;
y á quien arrancó la vida
en Seron bala traidora
de esos árabes infames,
que hoy á rebelarse tornan.

MONCADA. Perdonad, señor, mi audacia,
porque mi lealtad la abona!
Extraño paz concediéseis
á esa turba revoltosa,
cuando contra ellos teníais
tantos motivos de cólera,
y tan buenos elementos
para exterminar su tropa.
confieso que lo sentí
mucho; que mi dicha sola
es matar perros hereges
con mi espada vencedora!
Mas la guerra que anunciais
de placer mi pecho colma,
porque les haré sentir
el encono que me ahoga!

D. JUAN. Si en vez de vengar la muerte
de aquel que cual padre lloran
mis ojos, les dí la paz,
que osados rompen ahora,
fué porque mi rey y hermano,
para evitar desastrosas
consecuencias, lo anhelaba;
y para no obrar en contra
de su régia voluntad,
ahogué mi ira poderosa.
Pero ahora me dan pretexto
para que la tregua rompa,

y dé sangre en holocausto
al que ya en el cielo mora.

HASSAN. Lejos están de la casa,
y el viento su voz sofoca.

MELQUÍ. Qué interesa lo que tramen
á quien vengarse ambiciona?

HASSAN. Calla!

MONCADA. Esta noche recelo
que esa canalla alevosa
prepare alguna asonada
que dé que hacer á la tropa.

D. JUAN. Solo me duele esta guerra,
porque la que el alma adora,
á esa raza pertenece
que rinde culto á Mahoma.
Antes de emprenderla, quiero
que en seguridad se ponga,
y hoy saldrá para Madrid
con una pequeña escolta.

MONCADA. Dispensad, señor, mas siento
vuestro amor por una mora.

D. JUAN. Al darla el santo bautismo,
mi hermano con mano propia,
de Sol Gomez de la Vega
rubricó la ejecutoria.

MONCADA. Mas, cristiana nueva al fin,
inferior quedar le toca
al hijo de un Cárlos Quinto...
del que dió leyes á Europa...
del ínclito emperador,
de España lumbrera y gloria!

D. JUAN. Hijo de ese hombre tan grande,
veo ceñir la corona
á un hermano, porque el mundo,
do quier, bastardo me nombra!

MONCADA. Pero sois más grande vos,

que la turba aduladora
que al rey Felipe rodea,
por vuestros hechos, que os honran...
y como el sol lo es del cielo,
sois de la tierra la antorcha!
Y si hay uno que os infame,
donde Moncada le oiga,
sabrá arrancarle la lengua
de su fementida boca!

HASSAN. Ni una frase les percibo.

MELQUÍ. Hassan, eso poco importa,
vendrá por ver á mi hermana
y agravar más mi deshonra...
tal vez concierten fugarse...
pero vela aquí mi cólera,
y sabré vengarme en ellos
con mano segura y pronta!

HASSAN. Aun conservo mi puñal,
y á ese vil, que el pecho ódia,
con él tenderé á mis piés!

MELQUÍ. No! su vida es muy preciosa.
Muerto el caudillo, á los montes
no irá la cristiana tropa;
y no podrán destrozarla
con furia devastadora,
los chacales que la esperan
en sus madrigueras cóncavas.

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—SOL.—ROSA en el piso alto.

D. JUAN. No puedo retroceder:
á más de una pasion honda,
sagrado lazo me liga
á esa mujer seductora.

Una niña, tierna y cándida,
que es como su madre hermosa,
me grita que nuestra union
sin perder tiempo disponga!
No quiero que de bastarda
lleve mancha ignominiosa:
el bastardo en este mundo
sangre de contínuo llora!

MONCADA. Haced lo que más os plazca,
que aunque lo sienta... no importa!
(Pobre hermana! Tu pesar
tal vez te volverá loca!)
Por vos dispuesto estoy siempre
á verter mi sangre toda!

MELQUÍ. Avisa, Hassan, á los tuyos,
y haz que antes de media hora
desaparezca esta casa
sin quedar de ella memoria.

HASSAN. Parto, pues... pero esos hombres
para mi salida estorban.
Me verán.

MELQUÍ. No temas nada
por tu vida: hay aquí otra
salida: tras un oscuro
pasillo, á la plaza próxima
por puerta oculta se sale.
Abierto está el paso: toma
de la cancela exterior
la llave; vé sin demora.

HASSAN. Con los mios volveré
bien pronto.

MELQUÍ. Con cautelosa
precaucion haz que uno suba:
y á la niña á toda costa
robe, mientras los demás
la casa en hoguera tornan.

A tí la niña confio,
que, ante la madre traidora,
perderá en las Alpujarras
su existencia ignominiosa!

D. JUAN. Podeis partir, que la noche
huyendo va presurosa,
y he de hablarla. Iré á palacio
al rayar la nueva aurora.

MONCADA. Adios, pues. (Por si hay traicion
velar por ellos me toca.)

(Váse Moncada por la puerta y atraviesa la calle izquierda.)

D. JUAN. Haré la señal... sí... sí!

(Don Juan da una palmada, la que repite al mutis de Hassan y de Melquí, que se ocultan.)

MELQUÍ. Parte: ya viene mi hermana.

HASSAN. Voy, sí.

MELQUÍ. Con presteza torna.

HASSAN. Sed de venganza me aqueja
que al rayo iguala en lo pronta.
(*Váse por la puerta secreta.*)

MELQUÍ. Vil mujer! Aquí me oculto.
(*Se entra por la izquierda.*)

SOL. Quién mas que yo venturosa?
(*Abriendo la puerta de la calle.*)
Entra, mi D. Juan querido!

D. JUAN. Sol mia! Qué encandora! (*Entra.*)

ESCENA V.

D. JUAN.—SOL, en el piso bajo de la casa.

SOL. Ah! Por fin estás aquí
existencia de mi ser!
Por tu tardanza temí

que no te iba mas á ver;
que te olvidabas de mí!

D. JUAN. Olvidarte?... no es posible!
Tú no lo puedes pensar;
ó me juzgas insensible...
verte y sin tí respirar
es el mayor imposible!
Olvida el ciego, que vió
al áureo sol refulgente,
que sus ojos deslumbró
con su resplandor ardiente?
Cómo he olvidarte yo?
Si de un sol siente la ausencia
en sus ensueños dichosos,
cómo olvidar con demencia
esos dos soles hermosos
que iluminan mi existencia!

SOL. Qué bienhechor, dueño mio,
es tu acento seductor
para mi penar impío...
Tú le das vida á mi amor
como á la flor el rocío!
Faro del puerto anhelado,
que diviso en lontananza,
eres tú, dueño adorado:
cuando haya tu luz cesado
se apagará mi esperanza!
Es el solo bien que anhelo
tu cariño seductor;
con él se extingue mi duelo;
que al impulso de tu amor
la tierra se torna cielo!

D. JUAN. Prenda de mi corazon!
Pídele al alma afanosa
el más rico galardon.

SOL. Uno quiere mi ambicion...

uno no más ser tu esposa!

D. JUAN. Por tu vida, que amo tanto,
juro pronto lo serás;
y á nuestra hija le darás
nombre legítimo y santo,
que altiva pronunciarás.

SOL. Cuándo llegado he de ver
tan venturoso momento?

D. JUAN. Aleja tu padecer!
Tras un penoso tormento
gozarás dulce placer!
Esta noche has de partir:
un adicto capitan,
con diez hombres, ha de ir
en tu escolta: sin morir,
tu guarda no dejarán.

SOL. A Madrid?

D. JUAN. Sí. Ya segura
en la córte, tu morada
ocultar cauta procura,
y burla allí recatada
de los tuyos la ira impura.

SOL. Y pronto á Madrid irás?
Ve, que si tardas, mi bien,
sin vida me encontrarás!

D. JUAN. Sin vida quedo tambien!
Poco que esperar tendrás.
Pronto al rebelde traidor
en exterminar confio:
y en cumpliendo con mi honor,
á tí volaré, sol mio,
con las alas de mi amor!

(Melquí se presenta con aire amenazador.)

ESCENA VI.

D. JUAN.—DOÑA SOL.—MELQUI, en el piso bajo de la casa.

MELQUÍ. Mucho tu audacia blasona,
y el triunfo te halaga en vano!
No vence nunca el villano
que honras límpidas baldona!

SOL. (*Aterrada al ver á su hermano.*)
Gran Dios!

D. JUAN. (*A Sol y con desprecio á Melquí.*)
Quién?

MELQUÍ. Esa esperanza
de vencer, debes dejar.
Vé á los montes á encontrar
con tu tumba mi venganza!

SOL. Mi hermano!

D. JUAN. Tu hermano!

MELQUÍ. Sí!
(*A Sol.*) Supe tu infame traicion,
y con firme corazon
á vengarme vengo aquí!

SOL. A reconvenir se atreve
el que, viéndome sin madre,
me abandonó con mi padre
huyendo el peligro, aleve?

D. JUAN. No reconoce el deber
ningun lazo fraternal,
doña Sol, en mónstruo tal.

MELQUÍ. Yo lo haré reconocer.
Alá me lo concedió
y lo sabré demostrar.

SOL. Antes debes respetar
al que su amparo me dió. (*Por D. Juan.*)

MELQUÍ. (*Mirando á D. Juan.*)
Ese hombre?
SOL. Este hombre es mi esposo!
MELQUÍ. Mientes!
SOL. No, que á Dios le plugo!
D. JUAN. Sol, ese hombre es del verdugo,
y entregársele es forzoso.
MELQUÍ. (*Con ironía.*) Esa amenaza, te advierto
que risa me inspira, sí!
Yo soy el más fuerte aquí!
Soy el tigre del desierto!
D. JUAN. Do quier que la vista vuelvas
impotente te hallarás...
Si eres tigre, yo soy más...
soy el leon de las selvas!
MELQUÍ. Siempre sale vencedor
del leon el tigre.
D. JUAN. Es verdad:
pero no con lealtad...
con astucia de traidor!
MELQUÍ. Solo así nos ha vencido
á nosotros el cristiano.
Cuando el mando soberano
en esta tierra ha tenido
de Mondejar el marqués,
la guerra que nos movia
con voluntarios la hacia,
á quien pagaba después
con el botin que robaba;
y con tan vil aliciente,
sin trégua contínuamente
á su tropa encarnizaba;
y esta, de rapiña ansiosa,
devastaba nuestra tierra
con la miserable guerra
que hace la inmunda raposa!

D. JUAN. Yo no empleé en vuestra gente
traza indigna de un soldado.
Si á los vuestros he humillado
cien veces, fué noblemente.
El español valeroso,
no necesita emplear
amaños para triunfar,
siempre osado y animoso.
A medios ruines y bajos
no necesita acudir,
para hacer medrosa huir
una bandada de grajos.
Y aunque tan ásperos riscos
fuerte el contrario se vea,
un español que pelea
vale más que cien moriscos!
MELQUÍ. Muy presto á probarlo van!!!
D. JUAN. Vuestra infame rebeldía
castigará mi osadía!
SOL. Cesen los ódios, D. Juan!
Bastante la lucha horrible
ha sembrado espanto y duelo...
harto ha enrojecido el suelo
vuestro rencor inflexible!
Ceded!
(*Suplicando á los dos.*)
D. JUAN. Nunca! No.
MELQUÍ. Jamás!

ESCENA VII.

LOS MISMOS en la casa.—MONCADA en la calle y luego en la casa.

MONCADA. Esos hombres que he topado,
muy mala espina me han dado...
no puedo resistir más...

A D. Juan avisaré.
(*Se llega á la puerta de la casa y queda escuchando en ella.*)
Mas dentro se oye un rumor...
Qué podrá ser?...

SOL. Por mi amor!
Cede! (*A Melquí.*)

MELQUÍ. Nunca cederé!...

SOL. Mucho mayor bien produce
la paz dulce y bienhechora.
Renuncia á una lid, que ahora
á la ignominia conduce!

MELQUÍ. A mí, que su ira incité,
me pides que retroceda?

D. JUAN. En liviana polvareda
vuestras huestes tornaré!

MELQUÍ. No más cobardía ya!
Pues estás entre mis manos,
la muerte de los tiranos
voy á darte.

(Saca un puñal y se lanza para herir á D. Juan, que le espera impasible. Doña Sol lanza un grito de espanto y va á detenerle: en este momento Moncada empuja la puerta, entra con rapidez en la casa, y sujeta con vigorosa mano el brazo de Melquí haciéndole soltar el puñal.)

SOL. Ay!!

MONCADA. Alto allá.
A cobardes malhechores
suelo hacer menudas trizas...
y esta mano hace cenizas
el hierro de los traidores!

(Melquí, obligado por el dolor que le causa la mano de Moncada, suelta el puñal.)

D. JUAN. Gracias por tanta lealtad!
para un traidor basto yo.

MELQUÍ. (*Con sarcasmo.*)
Matadme, villanos.

SOL. (*Suplicando.*) Oh!
yo imploro vuestra piedad!

MONCADA. Ahora el objeto comprendo
de unos hombres embozados
que esta casa, recatados,
rondan con teas ardiendo.

D. JUAN. Es fuerza ver quiénes son. (*Va á irse.*)

MONCADA. (*Va á acometerle.*) Fin de este daré primero.

D. JUAN. (*Deteniéndole.*) Hermano es de Sol, y quiero
mostrarle mi compasion.
Sus desmanes le perdono,
que castigaré en la lid
como esforzado adalid
sin traicion y sin encono.
Con ella quedais... (*A Melquí.*) En breve
tornaré áquí en su favor,
en sabiendo quién, traidor,
así á acecharme se atreve.
Adios, pues! Pensad un punto
que si en esta corta ausencia
mi Sol sufre una violencia,
os podeis contar difunto!
Seguidme! (*A Moncada.*)

MONCADA. Poco gustoso
voy en pos de vuestra alteza,
sin aplastar la cabeza
de ese sapo venenoso!

(Váse con D. Juan. Salen ambos á la calle y se pierden de vista por la plaza.)

ESCENA VIII.

MELQUI.—SOL en el piso bajo de la casa.

MELQUÍ. No hay tiempo que perder... Mujer liviana!
sígueme al punto por oculta puerta,
á do, extinguiendo tu pasion villana,
la mancha de mi honor quede encubierta.

SOL. Partir contigo!

MELQUÍ. Sí! Las Alpujarras
asilo fuerte son de mis hermanos,
que desnudan sus corvas cimitarras
para segar cabezas de cristianos.
Ellos conmigo la señal esperan
que les lance de nuevo á la matanza:
ellos por mi tardar se desesperan...
y á mí á partir me aguija la venganza!

SOL. Digno intento de tí, por vida mia!
Intento sanguinario y horroroso!
Mas no seguiré yo tu huella impía...
no me es posible abandonar mi esposo!...

MELQUÍ. No escites más mi cólera terrible.

SOL. Entre los dos, rompiéronse los lazos.
Tu alma impura los hace un imposible.
Para llevarme, me has de hacer pedazos.

ESCENA IX.

SOL.—MELQUI.—HASSAN Y UN MORISCO que salen por la puerta falsa del fondo, en el piso bajo, y suben con precaucion la escalera, entrando en la habitacion de la izquierda del piso alto.

MELQUÍ. (*Asiéndola de la mano para llevársela.*)
Vive Alá! Ven!

SOL. (*Resistiéndose.*) Jamás!

MELQUÍ. Seguir no quieres
á un hermano?
(*Con intencion marcada, viendo á los que suben por la escalera.*)

SOL. No existe el que tenia!

MELQUÍ. Y á tu hija?

SOL. Te entiendo! Mas no esperes
con un ardid triunfar de mi osadía.
Mi hija segura está en esta morada!

MELQUÍ. Lo crees así?

ROSA. (*Dentro de la habitacion.*)
Socorro!

SOL. (*Al oir la voz de Rosa queda aterrada.*)
Dios!

MELQUÍ. (*Con aire de triunfo.*) Escucha!
Esa niña por mí va á ser robada!
Tu aya fiel por salvarla en vano lucha!

SOL. (*Luchando por desasirse de Melqui y tirando de él hácia la escalera.*) Hija mia!

MELQUÍ. (*Sujetándola con fuerza.*) Detente!

ESCENA X.

MELQUI.— SOL, en el piso bajo de la casa.— HASSAN.— ROSA.—UN MORISCO Y DOÑA ANA en el piso alto de la casa.—El morisco sale con doña Ana en brazos dormida.—Hassan detiene á Rosa, que desde el dintel de la puerta lucha por cojer á la niña.

ROSA. (*Gritando.*) Malhechores!
Volvédmela... favor!...

HASSAN. (*Dando una puñalada á Rosa.*)
Calla, insensata!

ROSA. Ay Jesús!
(*Cae muerta dentro de la habitacion.*)

Sol. (*Luchando desesperadamente con Melquí.*)
Suelta ya! Viles traidores!
quién sujetar á la leona trata?

Melquí. (*Llamando.*)
Hassan!

Hassan. (*Bajando la escalera y señalando el morisco que baja con la niña en brazos.*)
Es nuestra!

Melquí. Huid!

Sol. (*Llamándola angustiada.*) Hija querida!

Ana. (*Despertando y respondiendo.*)
Madre!

(El morisco que la lleva la tapa la boca, y desaparece con ella por la puerta secreta del fondo del piso bajo de la casa.)

Melquí. (*Mostrándole al morisco que lleva la niña.*)
Ves?

Sol. Oh! tormento sin segundo!

Melquí. Ya está tu hija para tí perdida!

Sol. Sin ella, nada quiero en este mundo!

(Se ve resplandor del incendio en la parte alta de la izquierda de la casa, que aumenta con rapidez.)

ESCENA XI.

MELQUI.—SOL.—HASSAN, en el piso bajo de la casa.

Hassan. (*Mostrándole á Melquí el resplandor.*)
Ya empieza el incendio, mira.

Sol. (*Reconociéndole.*)
Perez! y ese mónstruo odioso
me ibas á dar por esposo?
Horror su aspecto me inspira!

Hassan. Tu desden y tu traicion
en fiera me han convertido!

Sol. Al mundo solo has venido
para su afrenta y baldon!

Melquí. Oh! basta! Sígueme ya!

Sol. Vuélveme la hija adorada
á mi amor arrebatada!!

(Se ven ya las llamas en el alto de la casa.)

Melquí. Ven, pues... y tuya será!

Sol. (*Resistiéndose.*) Seguirte? No!

Voces dent. Fuego! fuego!

(Se oyen gritos: tropel de gente va saliendo por todos lados á la escena.)

Sol. Dios eterno, acoge pío
en tu seno el dolor mio!

Hassan. Melquí, huyamos de aquí luego!
(*Queriendo llevárselo por el fondo.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, en la casa.—MORISCOS Y MORISCAS.—HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO, en la calle.—LUEGO DON JUAN Y MONCADA, que salen de la plaza y entran en la casa.

Melquí. (*Arrastrando á Sol.*)
Ven sin tardar!

Sol. (*Desfallecida.*) Ay! yo muero!
(*Con un grito ahogado.*)
Favor!

Melquí. El destino fiero
manda que á mi lado estés.

D. Juan. (*Saliendo y apartando al pueblo con violencia consigue llegar á la puerta.*)
Su casa arde! Paso! Atrás!
Sol! Mi Sol! (*Llamando.*)

Sol. Es él! Favor!

MELQUÍ. (*Tapándola la boca.*)
Calla, ó mueres!

SOL. (*De rodillas por el dolor.*) Ah! traidor!

D. JUAN. (*Dando golpes y Moncada.*)
Abre Sol.

SOL. (*Con acento moribundo.*)
D. Juan!

MELQUÍ. (*Con furia.*) No más!
Muerta ó viva has de venir! (*La arrastra.*)

SOL. No! No! Piedad! (*Cae al suelo.*)

HASSAN. (*Con espanto al verla caer.*) Está muerta!

MELQUÍ. (*Soltando á Sol como aterrado.*)
Oh!

HASSAN. Ven!

(Le arrastra con violencia hácia el fondo.—Melquí le sigue maquinalmente: los dos se van por la puerta secreta del fondo del piso bajo de la casa.—D. Juan redobla los golpes con desesperacion, la puerta cede al fin y cae hecha pedazos: el incendio es mayor y se oye el crugido de las maderas incendiadas.)

D. JUAN. No cede la puerta!
Mi furia la sabrá abrir.

MONCADA. (*Entran los dos en la casa.*) Cayó.

D. JUAN. Mi Sol desmayada!

MONCADA. (*Mirando.*) Y nadie por aquí asoma!

TODOS. (*Con grito de horror.*) Ah!!!

(La casa cruge horriblemente y se desquicia; el incendio es mas voraz.)

MONCADA. (*Retrocediendo.*) La casa se desploma!

D. JUAN. (*Cogiendo á Sol con vigor en sus brazos.*)
Te salvaré, prenda amada!

MONCADA. Pronto! ó nos sepultarán!

SOL. (*Volviendo en sí.*)
Ah! don Juan!

D. JUAN. Ven! no consiente
Dios que muera el inocente!

SOL. Oyeme y tiembla don Juan!
Nuestra hija! Me vuelvo loca...
nuestra hija...

D. JUAN. Qué la ha pasado?...

SOL. Mi don Juan, nos la han robado!

D. JUAN. Cielos! la ira me sofoca!
corramos!

SOL. Ven de mí en pos;
acaso á nuestra hija ahora
matan...

D. JUAN. Idea aterradora!
Ilumínanos, gran Dios!

SOL. A buscarla!

D. JUAN. Prenda mia!
A buscarla con afan!

SOL. Corramos!

D. JUAN. Paso á don Juan!

SOL. Hija del alma!

D. JUAN. Hija mia!

(D. Juan y Moncada salen de la casa con doña Sol: apenas salen, lanza todo el pueblo un grito de terror, y se apartan presurosos de la casa: el techo de esta se desploma con violencia y arrastra tras sí el suelo del piso alto, que cae con estruendo á la escena, cubriéndola de ruinas y elevándose con furor sobre ellas las llamas de toda la parte izquierda de la casa.)

ACTO SEGUNDO.

LAS ALPUJARRAS.

Sitio agreste y pintoresco en el centro de las Alpujarras.—Al fondo varias sendas practicables que se pierden entre las rocas y serpean en el monte, bajando á la escena.—Por todas partes brotan arbustos y malezas, matizadas de flores silvestres.—Entre los picos de las rocas se descubren multitud de tiendas del campamento cristiano.—En el primer término de la izquierda está la tienda real de D. Juan de Austria, adornada lujosamente.

ESCENA PRIMERA.

MONCADA.—HASSAN.—Varios soldados de centinela, otros formando corrillos, etc.

MONCADA. Gracias al cielo! Esta noche
es ya de espera la última.
Concluye la ociosidad,
y el alma se congratula
de que el sol que ha de brillar,
con su luz fúlgida y pura
alumbrará el exterminio
de esas falanges inmundas,
últimos restos de un pueblo
que, con audacia y ventura,
extendió por toda España

un dia la media luna,
y á quien hoy la suerte adversa
en el abismo sepulta.
Si hoy esta guerra concluye,
como asi todo lo augura,
pronto tornaré á la córte
á dar consuelo en su angustia
á mi hermana desdichada,
á quien la pena tortura
porque idolatra á D. Juan
sin esperanza ninguna,
sufriendo al ver la pasion
que á una mora le subyuga.
Deseo hallarme á su lado
por mitigar su amargura,
y evitar que en un convento
su juventud se destruya.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—UN SOLDADO.

SOLDADO. Capitan?
MONCADA. Qué ocurre?
SOLDADO. El dia
que ya débilmente alumbra,
deja ver que los rebeldes
se aprestan para la lucha.
MONCADA. Si es cierto, es fuerza avisar
al príncipe con premura,
y hacer que la hueste se halle
pronta para lo que ocurra.
Centinela alerta!

(Dando la voz de mando al centinela de la tienda de D. Juan, que es Hassan.)

HASSAN. (*Contestando.*) Alerta!

VOZ DENT. (*Algo lejos.*)
Alerta!

OTRA VOZ. Alerta!

(Se oyen más voces que se van alejando hasta perderse en el monte.)

MONCADA. (*Al soldado que salió.*) Tú, escucha!
que los aceros estén
prontos, y las lenguas mudas.

(Váse el soldado por el monte: Moncada en la tienda de D. Juan.)

ESCENA III.

HASSAN.—SOLDADOS.

HASSAN. Melquí tarda! No comprendo
el por qué no se apresura.
El santo y seña le he dado
para que á este sitio acuda
y no le impidan el paso
los que guardan las alturas.
La impaciencia me devora!
El tiempo rápido cruza,
y es fuerza que don Juan muera
antes que la aurora luzca;
que puede sernos contraria
la suerte en la lid sañuda,
y es necesario que el triunfo
que hoy nuestras frentes circuya
sea tan grande, que ante él
los cristianos se confundan.

UN CENT. Quién va? (*En una altura.*)

MELQUÍ. (*Presentándose en la altura de la derecha.*)
Amigo!

CENTIN. Alto! La seña.
MELQUÍ. Don Juan y triunfo!
HASSAN. (*Al oir la voz de Melquí sube á su encuentro.*)
(No hay duda
es él.)
CENTIN. Adelante!
HASSAN. Melquí!
Ya tu tardanza era mucha.

(Melquí baja á la escena.—Hassan le conduce al proscenio por entre los soldados y hablan con misterio y precaucion.)

ESCENA IV.

HASSAN.—MELQUI Y SOLDADOS.

MELQUÍ. No pude antes venir.
HASSAN. Por qué tardaste,
conociendo la urgencia
que á nuestro plan de salvacion conviene?
MELQUÍ. Hoy he vuelto á Granada presuroso,
de donde á pesar mio
me alejaste há tres dias,
porque era necesario á mi reposo
hallar la hermana impura
que es á su nombre y á su fé perjura!
En vano la ciudad he recorrido,
inquieto y anhelante...
pues solo averiguar he conseguido
que don Juan la salvó de entre las llamas,
pero no dónde cauto la ha escondido.
HASSAN. Zaida en este momento es lo de ménos,
pues su vida está en salvo.
Lo que no admite la menor tardanza,
nuestra victoria es... nuestra venganza!

MELQUÍ. Esas serán seguras!
Los cristianos en estas asperezas
encontrarán muy presto sepultura.
Dime pues, á lo ménos, dónde
la niña está?...

HASSAN. Muy bien guardada,
en una cueva de esas eminencias,
y por Hissem se encuentra custodiada
por si el hado, contrario
en la liza nos es, huir con ella.

MELQUÍ. Pensaba darla muerte;
pero ahora que viva es necesario
para hallar á la madre,
que á buscarme vendrá con el anhelo
de que á su hija la vuelva.

HASSAN. No perdamos más tiempo, por el cielo!
El dia se aproxima,
y dar debemos á la empresa cima!...
Se encuentran mis valientes
á vengarse dispuestos?

MELQUÍ. Todos arden
en ira, y en deseo sobrehumano
de exterminar al pérfido cristiano.
Pelearán como hijos del desierto,
con la seguridad que les promete
una armada del turco,
que Selim mandar debe en este dia
esta costa á cruzar de Andalucía.

HASSAN. No escapará esta vez de nuestras manos
el triunfo apetecido,
porque está nuestro lazo bien tendido!
Yo, de don Juan de Austria en el ejército,
me he presentado como voluntario,
para llegar hasta él más fácilmente;
y esta noche al que estaba
aquí de centinela en esta tienda,

he ganado con oro,
y en su lugar vigilo ávidamente
al Austriaco execrable,
para poder, cuando la lid principie,
dar fin á su existencia abominable.
Los valientes que siguen mi bandera
saben ya mi designio;
y entre ellos solo mi señal se espera
para asaltar su campo de repente,
y asolarlo, cual rico y fértil valle
rápido inunda destructor torrente.

MELQUÍ. Por fin la nueva aurora
alumbrará propicia
mi anhelada venganza aterradora!

HASSAN. Despues que haya espirado
don Juan, y nos veamos vencedores,
confío ser de Zaida el desposado;
que á pesar de su culpa
no han muerto aún en mi pecho sus amores.
Mas dentro de la tienda se oye ruido...
aléjate al momento.

MELQUÍ. Que no tiemble tu brazo, Hassan!

HASSAN. Descuida!
Los celos guiarán el hierro duro
de esta lanza que embrazo,
al corazon de mi rival perjuro. (*Váse Melquí.*)

ESCENA V.

HASSAN. — SOLDADOS. — DON JUAN. — MONCADA. — CAPITANES.

D. JUAN. Con mis órdenes cumplid:
y en la batida certera,
á tanta inhumana fiera

sin descanso perseguid.
Lidiad con valor no visto
y nunca retrocedais:
pensad que á defender vais
la divina fé de Cristo!

CAPITAN. Gran señor! El que latir
siente ibero corazon,
no se rinde con baldon...
con honra sabe morir.

MONCADA. Acosada entre las peñas
esa vil canalla está,
y un infiel no escapará
con vida, de entre las breñas.
Llegó su terrible fin:
y aquí sus cuerpos protervos
serán pasto de los cuervos
que ya esperan el festin.

D. JUAN. Me agrada tal ardimiento
propio de almas aguerridas.
Esas las prendas cumplidas
son de un pronto vencimiento!
No hay ya tiempo que perder.
Con ráudo paso marchad...
vuestros puestos ocupad,
y cumplid vuestro deber.
(*Vánse los capitanes y soldados á sus órdenes.*)

ESCENA VI.

DON JUAN.—MONCADA.—HASSAN.

D. JUAN. Ya deseo con ardor
ver la guerra terminada,
porque el alma enamorada
goce tranquila su amor.

MONCADA. Me es lícito preguntar

á dónde habeis conducido
á doña Sol?

D. JUAN. No he podido
su reposo asegurar.
Despues de haberla salvado
de aquella traicion extraña,
á partir á esta campaña
al punto víme obligado.
No pude lograr mi intento
de que á la córte partiera:
mi vuelta en Granada espera
la infeliz en un convento.
Allí llora sin cesar
la hija desventurada
á su amor arrebatada,
que juro sabré encontrar;
y arrancándole el secreto
con la vida al vil hermano,
que á una niña hizo, inhumano,
de sus rencores objeto.

HASSAN. (Antes lograrás tu muerte!)

MONCADA. Contad, señor, con mi ayuda
cual siempre; no tengais duda
que mi suerte es vuestra suerte.
Yo buscaré en el combate
con avidez al traidor,
y le hallará mi furor
por más que evitarlo trate.

ESCENA VII.

HASSAN.—DON JUAN.—MONCADA.—UN SOLDADO.—
LUEGO DOÑA SOL.

SOLDADO. Gran señor, una tapada,
solicita entre sollozos
ver á vuestra alteza.

D. JUAN. Pase. (*Vase el soldado.*)
MONCADA. Mujer que oculta su rostro
en tal sitio? Quién será?
D. JUAN. Moncada, no os cause asombro.
Es sin duda una morisca
que vendrá á implorar socorro
para un deudo.
SOL. (*Saliendo desolada y descubriéndose.*)
Llego á tiempo!
Gracias, mi Dios bondadoso!
D. JUAN. Sol! Cómo vienes aquí
cuando el combate está próximo?
MONCADA. Qué imprudencia!
SOL. De una madre
el amor lo arrastra todo!
La leona corre las selvas
al verse sin sus cachorros;
una madre ha de hacer ménos
por las prendas de sus ojos?
Muerta de angustia y cansancio
llego al campamento moro,
y allí otro nuevo dolor
sufre mi pecho amoroso.
El crímen he descubierto
que han tramado algunos mónstruos
para conseguir el triunfo,
con pérfida astucia y dolo:
de la víctima que eligen
apenas el nombre oigo,
vengo á verte; y á salvarte
de su vengativo encono.
D. JUAN. Qué intentan, pues! Mi desprecio
merecen, y no mi enojo.
MONCADA. (*A doña Sol.*) Nada temais! Son cobardes.
SOL. Por eso son peligrosos.
(*A D. Juan.*) No lo dudes: uno de ellos

en tu campo, cauteloso
se ha introducido, y te amaga
un fin imprevisto y pronto.

D. Juan. No llegará hasta mi pecho
el puñal de un alevoso;
que reserva mi existencia
Dios para hechos más heróicos,
y el acero fratricida
á mi vista se hace polvo!

Moncada. (*A doña Sol.*) A mí me herirán primero!
Yo de su vida os respondo!

Sol. Buscad, no obstante, el traidor.

Hassan. (Puesto que vendidos somos
es preciso hacer la seña.)

(Sube recatándose á una altura, agita un lienzo, y vuelve con precaucion á su sitio sin ser notado.)

D. Juan. Tu amor es digno de un trono,
Sol.—Por salvarme la vida
la tuya te importa poco!
Parte sin temor, mi bien,
á tu asilo religioso;
cuando á él vaya vencedor,
tu hija te daré con gozo.

Sol. Adios! y ve que si mueres,
no podré vivir tampoco!

Moncada. Venid, señora, conmigo;
yo os guiaré.

(Va á irse con doña Sol, y se oye dentro tumulto, gritos y ruido de armas.)

D. Juan. Qué alboroto!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—UN CAPITAN.—LUEGO CAPITANES Y SOLDADOS.

CAPITAN. Señor!
D. JUAN. Habla.
CAPITAN. Unos moriscos
se han arrojado furiosos
de improviso, sobre el ala
derecha del campo.
D. JUAN. (*Con indignacion.*) Qué oigo!
CAPITAN. Ya muy lejos de estas tiendas
se batian con nosotros
sin que á tu oido llegase
el estruendo belicoso.
Ya cansado el enemigo,
asi que vea tu rostro,
hundirá su impura frente
hasta cubrirse de oprobio.
D. JUAN. (*Desnudando la espada y con ardor.*)
Seguidme! De los aleves
no ha de quedar uno solo!
Cada espada sea un rayo...
y cada uno de vosotros
tienda á sus piés cien contrarios
que muerdan sin vida el polvo;
y con sangre de sus venas
queden esos montes rojos.
A la lid!—Yo os guiaré.
TODOS. (*Con entusiasmo.*)
A la lid!

(Don Juan va á irse; al volverse, Hassan, abriéndose paso por entre todos, vá á herirle con su lanza por la espalda.)

HASSAN. (*Asestándole la lanza.*)
Venganza!

SOL. (*Da un grito de terror al ver la accion de Hassan.*)
Ah!

MONCADA. (*Dando á Hassan un furioso golpe con su espada que le hace caer al suelo.*) Mónstruo!!

D. JUAN. (*Volviéndose con indiferencia.*)
Qué fué?

MONCADA. (*Señalando á Hassan á quien los soldados han desarmado y rodeado.*)
El asesino!

TODOS. (*Queriendo herir á Hassan.*)
Muera!

D. JUAN. (*Los separa de Hassan.*)
Teneos! yo le perdono!

MONCADA. Señor!

SOL. (*Reconociendo á Hassan.*)
No me engaño... es él!

D. JUAN. Quién?

SOL. Perez!
(*Llegándose á Hassan y preguntándole con ansiedad.*)
Dime alevoso.
qué hiciste de la hija mia?

D. JUAN. Habla traidor!

MONCADA. (*Obligando con violencia á Hassan á que se levante.*)
Habla pronto!

HASSAN. (*A Sol con ironía.*)
Tu hija no la verás más!

D. JUAN. (*Con ira.*) Ni tú el nuevo sol tampoco!
(*A un capitan.*) Llevadle, y dadle la muerte
al punto.

HASSAN. Ya no deploro
morir, porque sin venganza
el mundo no le abandono.

(Se lo llevan un capitan y algunos soldados.)

D. Juan. Soldados! A exterminar
nuestros contrarios odiosos!
Sol, refúgiate en mi tienda...
en breve á este sitio torno. (*Vánse.*)

ESCENA IX.

DOÑA SOL.

(Durante esta escena y la siguiente se oye el fragor del combate y el sonido de los atabales y clarines que se vá aproximando poco á poco.)

Sol. (*De rodillas y con las manos alzadas al cielo.*)
Madre del Verbo divino!
Consuelo del pecador!
Luz que alumbra su camino!
Guia de nuestro destino!
Modelo hermoso de amor!
Tu proteccion celestial
pide una desventurada
en su doloroso mal...
Dá alivio, madre adorada,
á su angustia maternal!
Tambien en tu corazon
agudo dolor sentiste
de inmensa desolacion,
cuando á tu Hijo amado viste
lleno de oprobio y baldon.
Sé mi celeste sosten...
por tu Jesús te lo pido,
que es del mundo único bien!
Tú como madre has sufrido,
y yo soy madre tambien!
De esa lid salva á mi esposo,

y otórgale el vencimiento
con tu querer poderoso;
que él me ampara generoso
en mi crüel aislamiento.
Duélete de mi ansiedad
y cúbrenos con tu manto
de inagotable bondad.
Enjuga mi ardiente llanto!
Reina de ángeles, piedad!

ESCENA X.

DOÑA SOL.—MONCADA, saliendo lleno de entusiasmo con el acero desnudo.

MONCADA. Alegraos, doña Sol!
Nuestro es el triunfo este dia!
Y con su puro arrebol
alumbra la valentía
del invencible español!
A la vista de don Juan
no más, huyen desbandados
esos infieles osados.
Do quier los montes están
de sus despojos sembrados.
SOL. Gracias, Dios!
MONCADA. Desde que existo
mayor destrozo no he visto.
Nadie resiste al embate
de un español, que combate
por la fé de Jesucristo!
VOCES DENT. Valor!
MONCADA. Miradlo, señora!
don Juan con pocos valientes

vence á la turba traidora,
que aún se defiende en mal hora
con esfuerzos impotentes.

ESCENA XI.

DOÑA SOL.—MONCADA.—DON JUAN.—SOLDADOS MORISCOS.—CAPITANES DE DON JUAN CON ESTANDARTES MORISCOS.

D. JUAN. No lleguen los prisioneros
hasta donde está mi amor.
Sol, en lid maté á tu hermano;
no le llores, que el traidor
que á Hissem entregó nuestra hija
al morir me confesó,
teniéndola en esos montes
cual prenda de salvacion.

SOL. Don Juan, yo quiero á mi hija.

D. JUAN. Soldados! vamos en pos
de ese infame Hissem.

SOL. Corramos.

D. JUAN. Hija de mi corazon!

(Corren á comunicar la órden de partida; se oyen en todas direcciones alegres músicas militares.—Don Juan acompañando á doña Sol, que marcha á su lado maquinalmente, sumida en su dolor, sale seguido de Moncada y sus capitanes: los soldados marchan detrás y se ve desfilar, bajando por las alturas del fondo, todo el ejército cristiano con los cautivos y banderas de estos apresadas. El sol se eleva sobre las cumbres del fondo: cuadro general.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—HISSEM, en lo más alto de la montaña con la niña Ana en brazos.

HISSEM. Deteneos!
D. JUAN. (*Viéndola en la montaña y dirigiéndose á ella.*)
Mi hija! Vuelo!
NIÑA. Padre! padre!
HISSEM. No os movais!
pues si un solo paso dais
la arrojo al torrente!
D. JUAN. Cielo!
HISSEM. Matásteis á Perez? Bueno!...
la hija de vuestro amor
tengo en mi poder.
D. JUAN. Traidor!
HISSEM. En tí exprimo mi veneno.
Ó á Hassan libras al momento,
ó la derrumbo en seguida.
SOL. Hija del alma querida!
D. JUAN. Tente! Lograrás tu intento.
Id, que liberten á Hassan.
(*A un capitan.*)
HISSEM. Adios, y no me sigais,
pues como tras mí vengais
muere tu hija, don Juan! (*Váse.*)
SOL. Y os parais con terror? Venga una espada!
Leona herida que á sus hijos busca
será esta pobre madre desdichada!!!
Qué me detiene? Qué mi mente ofusca?
Madre infeliz!! Te arrancan las entrañas
donde tuviste á tu querida hija.
Por palacios, por montes y cabañas,

búscala por do quier; nada te aflija!
Mas si corres en pos de esa inocente
su corazon traspasará el impío!
No! La Vírgen tal crímen no consiente.
Piedad de mi dolor, piedad, Dios mio!!
Venga un acero, y en mi diestra mano
será centella que terror infunda!!
Hija del corazon! Mónstruo inhumano,
no la mates! Traidor!! Dios te confunda!

D. JUAN. Rayos de Dios! Soldados valerosos!
Venguémonos en la morisca fiera;
cual leones de sangre codiciosos
hagamos trizas su feroz bandera!
Dáme, señor, un rayo de tu fuego!
Alúmbreme tu inspiracion divina!
Dáme á mi hija adorada, pues voy ciego,
cual peregrino que sin luz camina!
Venganza anhelo, viles malhechores!
Hija del alma! Fiera envilecida!
Pedazos quiero hacer á esos traídores,
y luego, justo Dios, toma mi vida!

ACTO TERCERO.

EL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

El teatro representa una celda, monasterio del Escorial, ya concluida.

ESCENA PRIMERA.

MONCADA.—RUI-GOMEZ.

MONCADA. Gran obra es el monasterio!
RUI-GOM. Pocas la aventajarán.
Pronto entre sus maravillas
el mundo la contará;
y quizás lleno de asombro
la ceda el primer lugar.
MONCADA. Sí, que su magnificencia
no puede tener rival.
Idea piadosa y grande
fué la del rey, de elevar
al Dios del cielo y la tierra
esa obra monumental.
Eternamente por ella
en toda la cristiandad
la gloria de San Quintin
espléndida brillará.

Y esa gloria cuyos rayos
tanta luz á España dan,
nuestro poder sin segundo
al orbe recordará,
y respeto inspiraremos
en la venidera edad.

RUI-GOM. Esa idea religiosa
que os entusiasma, don Juan,
es digna del rey Felipe;
de su cristiana piedad.

MONCADA. Es cierto: en todos sus actos
se la vé siempre brillar.
Pero en ese monumento,
Rui, destella mucho mas.

RUI-GOM. En su construccion emplea
su talento sin igual
el célebre Toledo.

MONCADA. Y veo
á la obra adelantar
rápidamente.

RUI-GOM. El monarca
animando siempre está
á los que en ella trabajan
con paciente asiduidad;
esta celda ya acabada
el rey vino á visitar;
en esa cumbre escarpada
una silla ha hecho labrar
en la roca, y con afan
allí domina las obras.
Viene aquí diariamente
á sentarse allí y pasar
muchas horas, contemplando
cómo sus vasallos van
á ese prodigio del arte
dándole vida inmortal.

MONCADA. Por esa causa, á este sitio
habrá ordenado quizá
á don Juan de Austria que venga
sus órdenes á tomar,
por no perder un momento
de vista edificio tal.

RUI-GOM. Vos sin duda en compañía
vendreis aquí de don Juan.

MONCADA. No, Rui; con mi hermana vine
que sigue á su magestad
la reina.

RUI-GOM. Cierto; ha venido
con sus damas á admirar
hoy lo que tanto preocupa
á su consorte real.

MONCADA. (*Mirando á la izquierda.*)
El rey...

RUI-GOM. Silencio! Lleguemos
su régia mano á besar.

ESCENA II.

MONCADA.—RUI-GOMEZ.—REY.—CORTESANOS.

REY. Yo os prometo por la honra
de mi régia dignidad,
que el nombre español al turco
hará á sus mares temblar,
como en los de España aterra
á su chusma desleal.
En medio de sus dominios
seguro no se verá,
que en ellos nuestra justicia
severa le ha de alcanzar.
No me arredra la distancia,

que haré valiente y audaz
tremolar de polo á polo
nuestra bandera triunfal!!
Partid, señores, en busca
de mi amado hermano Juan;
decidle que ya le espero,
y con él aquí tornad.
(*Vánse los cortesanos despues de saludarle.*)

ESCENA III.

MONCADA.—RUI-GOMEZ.—EL REY.

RUI-GOM. (*Saliendo á su encuentro y besándole la mano.*)
Dios os proteja, señor!
REY. Él siempre contigo sea.
Hablarte el alma desea
que está llena de dolor.
Dime lo que hayas sabido.
Las nuevas se han confirmado
que yo por adelantado
De Chipre habia tenido?
RUI-GOM. Señor, con harto pesar
os digo que ciertas son.
REY. Con que el infiel su pendon
hace en Nicosia ondear?...
Con que la infame sorpresa
que torpemente empleó,
posesion al fin le dió
de tan codiciada presa?
Y amenaza á Famagusta
cercándola fuertemente,
insultando osadamente
de Dios la justicia augusta,
ya contra ellos indignada;

de la tierra
que defienden en la guerra
á su magestad sagrada?

RUI-GOM. Ya, señor, es imposible
de la realidad dudar:
Famagusta debe estar
hoy en apuro terrible.
Y aunque una escuadra ha mandado
con un seráfico instinto,
el Santo Padre, Pio quinto,
del veneciano auxiliado,
no ha podido ver lograda
su piadoso corazon
la salvadora intencion,
por que ha sido derrotada.

REY. Y los restos que han quedado
se han retirado?

RUI-GOM. Es así.
Pero antes de irse de allí
han dado ayuda al sitiado.
Guiado por su lealtad,
Marco-Querini, atrevido,
víveres ha introducido
con cautela en la ciudad;
y despues que la osadía
del cristiano reanimó,
al punto la vuelta dió
con sus naves á Candía.

REY. Con férrea mano es forzoso
castigar á los infieles!
Yo armar haré mis bajeles,
para que el mar proceloso
crucen con velocidad
enalteciendo la fé,
y la liga aceptaré
que anhela Su Santidad.

Mengua del nombre cristiano
es mirar en la inaccion
la orgullosa ostentacion
que hace el infame pagano!
Mis leones haré marchar,
que con propicia fortuna,
hundirán la media luna
en los abismos del mar.
Nada su valor aterra;
nadie doma su poder:
lo mismo saben vencer
en el agua que en la tierra.
Quien eleva un monumento
como ese, al Dios eternal,
quien su amparo celestial
implora á cada momento,
á otro preclaro renombre
no debe nunca aspirar,
mas que al de hacer respetar
del mundo su santo nombre.

RUI-GOM. Y eterno hará tal blason
á vuestro reinado augusto.

REY. Basta, Silva, yo no gusto
jamás de la adulacion.
Moncada! tan retirado
permaneceis?... Acercad.

MONCADA. (*Acercándose.*)
Como ví á su magestad
tan gravemente ocupado...

REY. La sagrada religion
es lo que yo más venero,
y el ser su sostén primero
es mi única ambicion.
Cómo está mi caro hermano?...
Sé que vuestra noble espada
en la guerra de Granada

contra el rebelde africano
bravamente le ha servido;
y vuestro heróico valor
en el campo del honor
ejemplo á todos ha sido.

MONCADA. Gracias, señor! Me confundo
oyendo lo que decís!

REY. Y con qué objeto venís?

MONCADA. Hoy, con respeto profundo,
presentaros pretendia
á mi hermana, que leal,
de vuestra esposa real
vino aquí en la compañía.

REY. Placer tendré en conocer
á la hermana de un valiente.
Bien la guardásteis prudente,
pues nunca la llegué á ver.

MONCADA. Como yo estuve en la guerra,
retirada de la córte
vivió con humilde porte
sin salir de nuestra tierra.
Solo á Madrid al tornar
su retiro abandonó,
y aquí mis pasos siguió,
su dicha sin sospechar;
pues la reina bondadosa,
otorgóla el beneficio
de admitirla á su servicio
con sonrisa cariñosa.

REY. Y dónde está?

MONCADA. Tras de mí
vino, y espera mi aviso;
si me dais vuestro permiso
iré en su busca.

REY. Vé, sí.

(*Moncada saluda y váse.*)

ESCENA IV.

EL REY.—RUI-GOMEZ.

REY. No es cierto que el buen Moncada
es un caballero noble?
RUI-GOM. Si lo es!...
REY. Algo es preciso
que haga yo por él, Rui-Gomez.
Hace un año con mi hermano
vino de Granada; entonces
no dí premio á sus hazañas,
muy dignas de galardones,
y es justo que ahora mi olvido
repare con gracias dobles.
RUI-GOM. Bien hareis, que lo merece
su heróico y bizarro porte.
REY. Para vasallos leales
no hay donativo que sobre;
que la lealtad no se paga
con todo el oro del orbe.
Si cercasen á los tronos
siempre fieles servidores,
fueran justos los monarcas
y obtendrian bendiciones.

ESCENA V.

EL REY.—RUI-GOMEZ.—MONCADA.—BEATRIZ.

MONCADA. (*Presentando á Beatriz al rey.*)
Señor! mi hermana Beatriz
á vuestro favor se acoge.

BEATRIZ. (*Postrándose.*)
Guarde Dios vuestra existencia
por largas generaciones!

REY. (*Levantándola afectuosamente.*)
Alzad, y sed bien venida,
doña Beatriz, á mi córte.
En vos refleja la gloria
con que vuestro hermano honróse,
y yo estimo los valientes
que saben lograr renombre.

BEATRIZ. Del monarca nuestras vidas
son, en todas ocasiones:
morir por él es deber
que en la cuna nos imponen,
y mi hermano cumplió el suyo
defendiendo los pendones
del rey Felipe segundo,
por do quiera vencedores.
Ojalá me fuera dado
demostrar con mis acciones
mi amor á la régia sangre
que por vuestras venas corre.

REY. Siendo virtuosa y prudente
me dais de amor prueba doble,
que en la mujer estas prendas
suplen á ilustres blasones.
Obligado á vuestro hermano
hoy el rey se reconoce,
y quisiera de algun modo
premiar su valiente porte.
Ved qué gracia me pedís,
para que al punto os la otorgue.

BEATRIZ. Merecer la estimacion
de rey tan piadoso y noble.

REY. Esa conseguida está,
que es donativo muy pobre.

Si un dia necesitais
de mí, prometo á mi nombre
cuanto pidais concederos
al punto; sin restricciones.
Guárdeos Dios! Voy á mi silla,
á ver los trabajadores
si adelantan en la obra
que mi pensamiento absorbe.

MONCADA. Señor... vuestra mano...

REY. Toma.
(*Se la dá y Moncada la besa.*)
Si viene don Juan, dá órden
que me avisen su llegada.

MONCADA. Lo haré.

REY. Sígueme, Rui-Gomez. (*Vánse.*)

ESCENA VI.

MONCADA.—DOÑA BEATRIZ.

BEATRIZ. Don Juan de Austria vá á venir?...

MONCADA. Llamado fué por el rey,
y debe cumplir su ley.

BEATRIZ. Déjame entonces partir:
Permite que me reuna,
ántes que venga su alteza,
á la reina con presteza;
quiere mi adversa fortuna
que sufra mi corazon
al mirarle con violencia,
y de hallarme en su presencia
debo evitar la ocasion.

MONCADA. Aún conservas, pobre hermana,
ese amor desventurado?

BEATRIZ. (*Señalando al corazon.*)

Por siempre aquí está grabado
con una fuerza tirana!

MONCADA. Y no sabes, Beatriz,
que no te queda esperanza?

BEATRIZ. Sé que no tendrá mudanza
este destino infeliz!
Sé que otra es amada de él
con ardiente adoracion,
pues no cede la pasion
que me atormenta cruel!

MONCADA. Otra, de morisca raza
que tras él á Madrid vino,
y há un año el fatal destino
su alma tambien despedaza.
pues de la hija de su amor
la pérdida triste llora,
sin que se sepa hasta ahora
dó la oculta el robador.

BEATRIZ. Ella padeciendo está!
Yo la otorgo mi perdon,
que es digna de compasion!

MONCADA. Dí, qué es lo que esperas ya?

BEATRIZ. Cuanto más se desvanece
la ilusion que me alimenta,
más mi amor por él se aumenta,
y más mi delirio crece!
Ah! no más la soledad;
de un claustro el silencio austero,
pueden al mal de que muero
atenuar la intensidad.
Ya mil veces te he pedido
me permitas por favor
ser esposa del Señor
ante su altar bendecido;
y negativa obstinada
siempre á mi ardiente querella

diste; haciéndome con ella
mucho más desventurada!

MONCADA. Y en aislamiento profundo,
sumido en honda tristura,
quieres á fiera tortura
abandonarme en el mundo?
Yo no poseo otro amor,
ni padres, ni otra alegría;
y sin tí me mataria
lo agudo de mi dolor.

BEATRIZ. Por tí... por no abandonarte,
en el siglo permanezco,
y en él, sin tregua padezco
lo que no puedo expresarte!

MONCADA. (*Mirando hácia dentro.*)
Muchos caballeros van
aquella senda ganando
y hácia este sitio llegando,
y tal vez vendrá don Juan.

BEATRIZ. Sácame pronto de aquí
con precaucion y misterio,
y llévame al monasterio...
la Reina me aguarda allí.
Haz por Dios que no le vea!

MONCADA. Ven... y él haga, desdichada,
que de tu pecho borrada
esa pasion loca sea!

BEATRIZ. Ojalá su mano fuerte
la pueda de aquí arrancar! (*Señalando al corazon.*)
Mas no!... Mi acerbo pesar
me seguirá hasta la muerte!

(Vánse por otra parte distinta de la que sale Don Juan y los cortesanos.)

ESCENA VII.

D. JUAN. — CORTESANOS. — LUEGO EL REY Y RUI-GOMEZ.

CORTES. 1.º Príncipe! Vuestros hechos portentosos
vivirán en el mundo eternamente!
CORTES. 2.º Modelo sois de hidalgos valerosos.
D. JUAN. Cumplí con mi deber únicamente.
Contra el infiel, por Cristo combatiendo,
mi débil brazo el vencedor no ha sido:
Dios estuvo su esfuerzo sosteniendo,
y en las lides, yo no, Dios ha vencido.
CORTES. 2.º Voy á avisar al rey vuestra llegada.
D. JUAN. Muy pronto, acaso, nueva lid sangrienta
me haga vibrar la cortadora espada...
y á fé que tal idea me contenta:
porque mi único bien, mi único anhelo,
es diezmar los infieles en campaña,
lidiando audaz por el Señor del cielo
y por la gloria de mi noble España.
(Salen el Rey y Rui-Gomez)
REY. Muy bien venido seas, caro hermano.
D. JUAN. Vuestra mano... (*Inclinándose.*)
REY. En mis brazos verte ansío!
D. JUAN. (*Se abrazan.*)
Ah señor! Con tal honra mucho gano.
REY. Más merece, don Juan, tu heróico brio!
Estás dispuesto á combatir de nuevo
del Corán á los réprobos sectarios?
D. JUAN. Mal en calma, señor, la vida llevo:
mi diestra há menester siempre contrarios.
REY. Reconozco en tu voz el noble instinto,

la egrégia sangre que ostentó lidiando
mi ínclito padre el grande Cárlos Quinto,
que en el cielo, de Dios está gozando.
Mas muchos enemigos hay ahora
con quienes combatir en lidia fiera:
no es solamente la canalla mora
la que en la guerra próxima te espera.
Vas á afrontar los crudos elementos:
á las olas, don Juan, y á los infieles;
á la mar poderosa y á los vientos,
y al acero del turco en sus bajeles.

D. JUAN. No hay nada que me arredre y que me asombre,
ni que llegue á juzgar incontrastable.
Defendiendo de Dios el santo nombre
es cualquiera mortal invulnerable.

REY. Es la verdad! El turco hoy amenaza
la isla de Chipre y á la Italia entera:
donde el pie sienta, asola y despedaza
difundiendo el espanto por do quiera:
de su propicia suerte al grato àrrullo
todo lo emprende con arrojo insano;
y piensa audaz en su atrevido orgullo,
humillar á sus plantas al cristiano.
El Santo Padre, cual su nombre pío,
solicita indignado mi alianza
para abatir del turco el poderío
y derrotar su flota sin tardanza.
Esa flota terrible y numerosa
que á los mares lanzaron los infieles,
y que en ira cruel, vertiginosa,
destruye los dominios de los fieles.
La liga otorgo, de mi fé impelido.
Ya mis órdenes dí, y en Barcelona
habré pronto una escuadra reunido
digna del esplendor de mi corona.
Parte, don Juan, allí con ligereza;

que no más el pagano á Jesús bese;
ponte tú de la armada á la cabeza
y de la expedicion serás el jefe.
Despliega al viento las hinchadas lonas...
surca veloz el piélago profundo,
y pensando que tú mi nombre abonas,
venga al Señor con ímpetu iracundo.

D. JUAN. Mi júbilo al oiros es intenso!
Gracias por tanto honor, hermano mio!
Mi ardor en el combate será inmenso
y el exterminio llevará al impío.
De la sagrada cruz el estandarte
ondearé con mano prepotente,
y por él convertido en nuevo Marte,
haré ceniza la otomana gente.
Esplendente que brille es necesario
ante esa turba criminal y odiosa,
la religion que Cristo en el Calvario
consagró con su sangre generosa.
Su luz divina, fúlgida y brillante,
vívidos rayos por do quier destella.
Yo triunfo la daré puro y radiante,
ó venturoso moriré por ella.
Y vencedor altivo y poderoso,
ó sumido del mar en lo profundo,
siempre el nombre español grande y glorioso
resonará en los ámbitos del mundo.

REY. Adivinas, don Juan, mi ardiente anhelo.
A Barcelona partirás mañana.

D. JUAN. Tu bendicion! (*Postrándose ante el rey.*)

REY. (*Alzando al cielo la diestra mano.*)
La mia y la del cielo
caigan sobre tu frente castellana!
El Hacedor eterno te dé gloria,
y destruyendo descreidas greyes,
haz inmortal tu fama en nuestra historia.

Cortesan. (*Con entusiasmo rodeando al rey y á don Juan.*)
Viva el rey!!

Rey. Dios es más! Es rey de reyes!!

(Con solemnidad pronuncia las últimas palabras, señalando al cielo con una mano, y puesta la otra en la cabeza de don Juan que está á sus piés. El telon baja pausadamente sobre este cuadro.)

ACTO CUARTO.

MADRID.

El teatro figura la antigua plaza del alcázar de los reyes en Madrid: al frente la fachada principal del primitivo alcázar real, con puertas practicables. Por todas las ventanas del edificio se ve el resplandor de las luces que alumbran el interior.—La escena estará oscura enteramente.

ESCENA PRIMERA.

MONCADA.

Ya tarda en venir don Juan
y há rato dieron las diez:
á esa hora me citó
en este sitio, y no sé
en qué puedo serle útil,
ni por qué me quiere ver.
Solo mi mucha lealtad
la causa única es
de que adicto á un hombre sea,
que en horrible padecer
sume á mi hermana infeliz,
llenando su alma de hiel.
Si otro fuera... por mi nombre...

pero es este mi deber:
y además, don Juan ignora
la pura y ardiente fé
con que le adora Beatriz,
modelo de candidez;
no es culpable de sus penas
el príncipe... no lo es!
El destino asi lo quiere!...
resignémonos con él!

ESCENA II.

MONCADA.—DON JUAN.

D. JUAN. Sois vos, Moncada?
MONCADA. Yo soy, don Juan.
D. JUAN. Habeis visto al rey?
MONCADA. No; pero sé que os espera.
D. JUAN. Me ordenó viniera fiel
al alcázar esta noche,
porque va á hacerme saber
sus últimas instrucciones;
y despues que me las dé,
saldré para Barcelona
el dia al alborecer.
MONCADA. En esa lid, el cristiano
ganará cumplida prez!
Os pido, que á vuestro lado
á ella, señor, me lleveis.
D. JUAN. Y de una navegacion
quieres los riesgos correr?
MONCADA. En todas partes con vos
estar Moncada es de ley.

Los peligros no han de hacerme
un punto retroceder.
Por defenderos leal
fiero los arrostraré.
Con la vuestra ha de ir mi vida
de la tumba hasta el dintel,
y el dia que vos murais
yo gozoso espiraré.

D. JUAN. Tanto afecto y adhesion
no me es dable agradecer;
en llevaros junto á mí
honra inmensa ganaré.
Venid, Moncada, conmigo,
pues vos asi lo quereis,
y mil lauros en la lid
ciña vuestra altiva sien.

MONCADA. Mal puedo donde esteis vos
lauro alguno recoger,
mas vuestro ardor imitando
escudo vuestro seré.
Gracias os tributo humilde
por el favor que me haceis.

D. JUAN. Escuchadme: os he citado
aquí, porque antes de ver
á mi real hermano, quiero
que me hagais una merced.

MONCADA. Disponed de mí, señor.

D. JUAN. No habeis logrado saber
qué se hizo la hija querida
que me arrebató crüel
en Granada aquel traidor?

MONCADA. Nada averiguar logré,
ni nada los mensageros
que allí mandé veces cien.

D. JUAN. En inútiles pesquisas
un año entero empleé...

¡para siempre la he perdido!
La fuga de aquel infiel
Hassan, que de ese secreto
el depositario es,
y que en medio del tumulto
consiguió desparecer
cuando yo de su suplicio
la suspension ordené,
hace la última esperanza
á mi corazon perder.

MONCADA. Por más que se le ha buscado,
imposible encontrar fué
á ese moro maldecido,
engendro vil de Luzbel.
Y no hay duda de que él tiene
á la niña en su poder.

D. JUAN. Inconsolable mi Sol
por su malogrado bien,
temo que su pena ruda
la vida la haga perder.
Llegaos á su morada
mientras hablo con el rey,
y decidla que os envío
porque he llegado á entrever
un rayo de pura luz
en tan densa lobreguez;
y que he recogido datos
seguros, para creer
que en Barcelona noticias
de nuestra hija me dén:
que desde aquella ciudad
podré decirla tal vez
que vaya á abrazar gozosa
á la que la debe el ser.

MONCADA. Parto; y como lo ordenais,
todo, príncipe, lo haré.

D. JUAN. Adios! en palacio espero
impaciente á que torneis.

(Váse Moncada por una calle lateral.—Don Juan entra en palacio: al mismo tiempo sale de él Hassan, què al reconocer al príncipe se recata de él.)

ESCENA III.

HASSAN.

Ah! No me ha visto... es preciso
que ignore que aquí se halla
el que ya hace un año tiene
á su hija aprisionada.
Ahora es cuando necesito
mayor presteza y audacia,
porque próxima está ya
la hora de mi venganza.

ESCENA IV.

HASSAN.—HISSEM.

Toda esta escena á media voz.

HISSEM. (*Acercándose á él embozado y con misterio.*)
Es Hassan?
HASSAN. El mismo: y tú,
eres Hissem?
HISSEM. (*Desembozándose.*) Sí, por gracia
de Alá.
HASSAN. Hiciste mis encargos
todos?
HISSEM. Sin ninguna falta.

Los caballos están prontos,
y la jóven avisada
de la cita.

HASSAN. ¿Y la dijiste
que un hombre aquí la esperaba,
sabedor del paradero
de su hija desgraciada?

HISSEM. Sí.

HASSAN. Y el papel que te dí
dejaste en su misma casa?

HISSEM. Sí, lo puse con cuidado,
y sin que ella lo notara,
en su mismo tocador.

HASSAN. Y dime, ¿á nuestra llegada
se encontrará tu galera
pronta en la costa de Málaga?

HISSEM. Sabes bien que aquellos mares
son hace tiempo mi patria;
y no he renunciado aún
á mi vida de pirata,
porque cojo algunas veces
presas de inmensas ventajas.
Solo por tí hubiese yo
dejado el agua salada,
para venir á una córte
que es muy poco hospitalaria
para los que de Mahoma
siguen las leyes sagradas.

HASSAN. Tu presencia aquí, me era
en extremo necesaria;
y te hice venir aquí
porque ayuda me prestaras.

HISSEM. La vida te debo, Hassan,
y tal favor no se paga
sino siendo humilde esclavo
del que á vivir nos tornara.

Yo de entonces lo soy tuyo,
sin poder negarte nada.
Mandaste, y obedecí
sin preguntarte la causa.

HASSAN. Muy en breve la sabrás.
Tu nave es velera?

HISSEM. Un águila!
Vence al viento mi galera,
y ninguna se le iguala.
Asi que estemos en ella,
cuando á la vela se haga,
en un dia te hallarás
de Trípoli en la ensenada.
Son mis remeros de fuerza,
como hijos todos de España.

HASSAN. Vé, pues, y con los corceles
donde te indiqué me aguarda,
que á partir vamos en breve:
y cuando despunte el alba
muy lejos de aquí estarémos
libres de toda asechanza.
Pero ¿tardará la jóven?

HISSEM. No: seguia mis pisadas:
tanto es su afan de saber
dónde su hija se halla.

HASSAN. Muy bien: ya puedes partir.

HISSEM. Que sea corta la tardanza. (*Váse.*)

ESCENA V.

HASSAN.

Ya miro cercano el término
de mis dolorosas ánsias.
Vengado al fin me veré

de la desdeñosa Zaida,
y del hombre que su amor,
más dichoso, me arrebata.
No en valde apelé á la astucia;
segura y terrible arma
de que hace tiempo me sirvo
con cautelosa constancia,
para ocultarme en la sombra
como la hiena taimada,
y dar el golpe mortal
con mano certera y rápida.

ESCENA VI.

HASSAN.—DOÑA SOL.

SOL. (*Saliendo con precaucion y reconociendo el sitio.*)
(Este es el parage, sí,
que el mensagero ha indicado.)
HASSAN. (Sol es! Oh! momento ansiado!)
SOL. (Un bulto distingo allí.) (*Ve á Hassan.*)
No hay duda, es el que me espera,
y que á darme va noticias
de la hija mia: en albricias
corazon y alma le diera!)
HASSAN. Me acercaré. (*Dando un paso hácia Sol.*)
SOL. Se adelanta.
Sois vos el que me llamais?
HASSAN. Yo soy el que vos buscais. (*Acercándose.*)
SOL. (*Reconociéndole y retrocediendo aterrada.*)
Perez!
HASSAN. Sí, Sol! Qué os espanta?
SOL. De vos, tan solo dolor
espera el pecho afligido.
HASSAN. No: ya estoy arrepentido
de mi conducta anterior.

Desde que las fieras garras
de la muerte rechazar
pude, que me ordenó dar
don Juan en las Alpujarras,
y de la què me libraron
mis animosos amigos,
que sobre mis enemigos
con ímpetu se arrojaron,
juré á su madre volver
la hija tierna, que inhumano
la robó un crüel hermano,
y que tengo en mi poder.

SOL. Si es tal tu resolucion
y yo la veo cumplida,
juzgo que es poco mi vida
para premiar tal accion.
Ah! dime que no me engañas!
Tú ignoras lo que he sufrido
llorando un año perdido
el fruto de mis entrañas!
Ay! estos duelos prolijos
de tan hondo padecer,
no los pueden comprender
los que no han tenido hijos.

HASSAN. Vuestro hermano me ordenó
que á la niña muerte diera.

SOL. Jesus! Corazon de fiera!...
Cómo tal crímen pensó!
Pero no le guardo encono;
y Dios en la eternidad
le perdone su maldad
como yo se la perdono.
Solo su muerte llorar
debe religiosamente,
quien su misma sangre siente
por sus venas circular.

HASSAN. Un corazon generoso
en vuestro pecho se encierra.
Desde que finó la guerra
os he buscado afanoso.
Vine á Madrid, persuadido
de hallaros donde don Juan;
pero en un año de afan
vuestro albergue no he sabido.
Tuve para ello que hacer
prolijas indagaciones,
tomando mil precauciones
por no darme á conocer.
Por último, decidí
tocar el mejor registro,
y á Rui-Gomez, el ministro,
con falso nombre serví.
Solo asi mi prevision
logró saber este dia
en dónde oculta os tenia
de don Juan la precaucion.

SOL. Llevadme á dó mi hija esté:
tierna víctima de un crímen!
Que mis brazoz te reanimen!
Mi aliento calor te dé!

SOL. Es ya mucha la tardanza,
y me abrasa la impaciencia!

HASSAN. Seguidme, pero prudencia.
(¡Ah! conseguí mi venganza!) (*Yéndose.*)

(Salen D. Juan y cortesanos de palacio fingiendo seguir con ellos una conversacion.)

ESCENA VII.

DON JUAN Y CORTESANOS.

D. JUAN. Gracias por vuestros favores!
CORT. 1.° No es villana adulacion!
CORT. 2.° Sois el español blason
de más bellos resplandores!
CORT. 1.° Emulo digno del Cid,
cual él inmortal sereis,
y ante vos hacinareis
lauros en la nueva lid!
D. JUAN. Tan notables predicciones
me confunden en verdad:
procuraré en realidad
trocarlas con mis acciones.
CORT. 1.° Envidia tengo, por Dios!
de no poder con mi espada
los lauros de la jornada
partir, príncipe, con vos!
D. JUAN. Lejos del guerrero porte
dar brillo al trono sabeis,
que junto al Rey siempre hareis
el ornato de la córte.
El águila busca espacio
y muere si se la encierra:
Vive el soldado en la guerra,
vosotros en el palacio!

ESCENA VIII.

DON JUAN.—CORTESANOS.—MONCADA.

MONCADA. (*Presuroso y agitado.*) Señor!
D. JUAN. (*Separándose de los cortesanos y adelantándose con Moncada al proscenio.*) Estáis agitado!

MONCADA. Oid.
D. JUAN. Qué teneis, Moncada?
MONCADA. Sabed que de su morada
á doña Sol han robado.
D. JUAN. Infierno! y cómo? y por quién? (*Con furor.*)
MONCADA. La casa entera he corrido
y encontrarla no he podido.
D. JUAN. Robado mi dulce bien!
MONCADA. Tal vez de su robador
noticias ciertas nos dé
esta carta que encontré
dentro de su tocador. (*Sacando una carta.*)
D. JUAN. Dadme. (*Tomándola con afan y leyéndola.*)
«Tu Sol es robada
»por un rival desdeñado
»que te ódia, y se venga osado
»quitándote el dulce imán.
»No indagues su paradero
»ni temas por su persona:
»sabrás de ella en Barcelona
»ó de Alí en la nave.—Hassan!...»
Infame!
MONCADA. El cobarde moro
que se nos huyó en Granada!
D. JUAN. Con su sangre depravada
sabré cobrar mi tesoro!
Y si cual dá á sospechar
va á Barcelona el infiel,
con una muerte crüel
su crímen lo haré espiar!
MONCADA. Tiemble mi ódio furibundo!
Justo es Dios, y le hallaremos;
y entonces hacer podemos
gigote su cuerpo inmundo!
CORT. 1.º (*Acercándose á don Juan al ver su agitacion.*)
Qué es, gran señor?

TODOS. Qué os sucede?

D. JUAN. (*Estallando de pronto.*)
Que el infiel, torpe y traidor
insulta del Redentor
el nombre que hollarlos puede!
Mas yo juro por la luz
morderá el polvo postrado
y rendido, ante el sagrado
signo de la santa Cruz!
Patria!... bella de mis ojos!
Venganza el alma respira!
y á derramar sangre aspira
sembrando humanos despojos!
Hijos del suelo español
rayos de Marte en la guerra!
Sus!! venid, y en nuestra tierra
brille de la gloria el sol.
Muerte al infiel y mancilla
conquiste en esta campaña,
y al grito de viva España,
del moro triunfe Castilla.

MONCADA. Señor, del Turco la flota
en Lepanto nos espera.

D. JUAN. Del leon la garra fiera
la dejará pronto rota.

MONCADA. Los enemigos tendrás
mayor en número.

D. JUAN. Y qué?
nosotros vamos con fé;
sus naves arder verás.
Soldados, llegad aquí,
nos espera el enemigo:
venir á lidiar conmigo
quereis con valor?

TODOS. Sí! Sí!

D. JUAN. Pues vamos á Barcelona

las galeras á buscar,
y hagámonos á la mar
soltando al viento la lona.
Y de Alí á la luz del sol
la embarcacion abordemos,
y en su popa tremolemos
el estandarte español.

ACTO QUINTO.

Interior de la cámara de la galera de don Juan de Austria.

ESCENA PRIMERA.

CERVANTES.—FIGUEROA.—MARINEROS.—SOLDADOS.
ARTILLEROS.—REMEROS.

CAPITAN. Ya se divisa avanzando
del otomano execrable
á la escuadra formidable:
el combate estoy ansiando.

FIGUEROA. Próximo está ya: la vida
despreciar es mi deber;
si por Dios la he de perder,
estará muy bien perdida.

CERVANT. Por la fé con pecho fuerte
sabré este dia lidiar!
Si muero, á nadie llorar
hará en el mundo mi muerte.

FIGUEROA. Desterrad tan triste idea,
capitan, de la memoria,
y pensad solo en la gloria
que os aguarda en la pelea.

CAPITAN. Así lo haré, que la brisa
del mar, con su puro ambiente,
vá refrescando mi frente
y á elevarme me precisa.
El parage en que nos vemos
convida, Lope, á gozar
al espíritu; en el mar
al Omnipotente vemos.
Contemplad á vuestro frente
las costas de la Morea,
con su cinta azul que ondea
de oscura tinta al Oriente.
En ellas Trípoli está,
de dó la escuadra ha salido
del pagano descreido
que hácia aquí avanzando vá.
Mas allá se alza Lepanto,
que á este golfo dá su nombre,
y en el que á lograr renombre
aspira nuestro ardor santo.
No lejos Corfú se asienta,
y otras altivas ciudades
en donde sus liviandades
el turco nefando ostenta.
Y de nosotros detrás
el bello suelo italiano:
preciado eden del cristiano
que no se agosta jamás!
Joyas hay en él que aprecia
el mundo en mucho valor:
Nápoles encantador!
la voluptuosa Venecia!
Sitio es de tan dulce encanto,
que mi ser mezquino siente
no ensalzar grandiosamente
con rico y sentido canto!

Y aquí do el alma se mece
en la inmensa soledad,
bosquejar su idealidad
del modo que ella merece.
Aquí el corazón se oprime,
al pensar que cerca ya
un espectáculo está
bello, grandioso, sublime!
Sobre olas embravecidas,
los hombres, con torvos ceños,
en unos frágiles leños
van á disputar sus vidas.
Lid del hombre con el hombre,
al par que con agua y fuego...
y todo lo arrostra ciego,
y no hay nada que le asombre.
Esto es inconmensurable
y no se puede expresar!
Tengo afan de presenciar
un cuadro tan admirable.

FIGUEROA. En breve lo vais á ver,
que está la hora cercana.
Pronto aquí, á su capitana
don Juan de Austria ha de volver,
que ha ido á revistar la armada
y á animar los combatientes.

CERVANT. Valiente entre los valientes
es don Juan! Terrible espada!
Con él, del turco fatal
la destruccion es segura.
¿Quién la victoria no augura
este dia?

TODOS. El general!!

(A esta voz todos los capitanes se levantan para recibir al general que entra con Moncada y capitanes.)

ESCENA II.

DICHOS.—DON JUAN.—MONCADA Y CAPITANES.

D. JUAN. Ya lo veis, todos se hallan animados
de un entusiasmo ardiente y verdadero.
Contando con tan ínclitos soldados,
gran resultado de la lid espero.
Nuestra será la prez; y la derrota
y el baldon y la afrenta del contrario.
De esa orgullosa y atrevida flota,
que no quede un recuerdo es necesario.

FIGUEROA. El corazon me llena este momento
de un bélico placer inexplicable.
Y el retardar un punto, solo siento
la lid con el pagano detestable.

D. JUAN. Escuchad todos. La suprema hora
del terrible combate es ya llegada;
suene el cañon con voz aterradora!
Rayos despida la fulmínea espada!
Un porvenir brillante nos espera
en tal dia, de triunfos y laureles.
La religion sublime y verdadera
vamos á defender con pechos fieles.
Por causa tan divina? ¿quién ufano
no dá su vida con ardiente anhelo?
Al que muera por ella cual cristiano,
Dios le abrirá la puertas de su cielo!
Los que escupen su nombre, á vuestro arrojo
caigan y naden en su sangre impura:
Tórnese el ancho mar con ella rojo,
y en sus olas encuentren sepultura!
A qué español jamás el riesgo aterra?
Muertos sereis primero que vencidos!

Fuertes siempre en la mar como en la tierra,
á no ceder, os veo decididos.
El veneciano ilustre, el fiel soldado
del Pontífice santo y poderoso,
hoy van á combatir á nuestro lado
con un ánimo heróïco, portentoso.
Todos valientes, á la palma aspiran
de la victoria que hoy alcanzaremos.
Ellos nos estimulan y nos miran...
nosotros nada más, la lograremos.
En esta noble y desigual pelea
el triunfo alcance nuestro brazo solo,
y que el nombre español honrado sea
y en el orbe inmortal de polo á polo.

MONCADA. Con los fieros leones castellanos...
Con nuestros poderosos auxiliares,
y el nieto de cien nobles soberanos
á nuestro frente en medio de los los mares,
hijo del bravo emperador que al mundo
dió leyes con arrojo y energía,
nada podrá el contrario furibundo...
Radiante de esplendor, nuestro es el dia!
Las naves otomanas serán rotas,
y arrollados en ráudo torbellino,
como débil bandada de paviotas
los enemigos de Jesús divino!

MONCADA. Hoy conmemora
nuestra iglesia á la Madre de afligidos!

D. JUAN. Teneis razon! En tan suprema hora
pedir debemos su favor rendidos,
Escudada con él, brillará pura
la régia enseña de las dos Castillas,
y el triunfo de este dia se asegura...
Imploremos su amparo! De rodillas!

(Todos se postran.)

¡Oh vírgen pura de eternal esencia,

que envuelta entre celages de oro y grana,
asistes del Eterno en la presencia
siendo del cielo inmenso soberana!
Madre divina cuyo sacro aliento
de un Dios perfuma el divinal palacio;
cuya dulce mirada en un momento
inunda de luz vívida el espacio.
Ser de célicos séres eternales:
de los cielos encanto y alegría
consuelo de los míseros mortales:
fanal hermoso que sus pasos guia.
Tiende á tus siervos tu bendita mano,
y ten en ellos hoy tu mirar fijo:
fuerza dáles que aterre al otomano
contrario vil de tu divino hijo!

(Se oyen cañonazos de la escuadra turca.)

Escuchad el tronar de los cañones,
ya ha empezado el combate; capitanes,
¿jurais como valientes campeones
derrotar á los fieros mulsulmanes?

TODOS. Sí!

D. JUAN. ¿Jurais que si en peligro nuestras naves
las viésemos despues, con ardor ciego
despreciando peligros los más graves
las prendereis con entusiasmo fuego?

TODOS. Sí.

D. JUAN. Pues arriba!

TODOS. Arriba.

D. JUAN. Este parage
hoy sea testigo de inmortal hazaña!
Al abordage!! Sus!!

TODOS. Al abordage!

D. JUAN. Santiago, libertad y viva España!

TODOS. Viva!!

MUTACION.

EL GOLFO DE LEPANTO.

Mar.—La galera de don Juan ó sea la capitana con sus remeros. Artilleros, marineros, soldados.—Las galeras musulmanas luchando con las españolas.

DON JUAN DE AUSTRIA.—MONCADA.
FIGUEROA.—CAPITANES Y SOLDADOS.

D. JUAN. Fuego! A ellos! Al abordage!

(Pasan al abordage, penetran en la galera de Alí que se ha ido aproximando, Don Juan de un hachazo derriba á Alí: voces de viva España.)

LOS DE ALÍ. Mueran!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—HISSEM CON LA NIÑA.—HASSAN CON
DOÑA SOL.

HISSEM. Alto!
HASSAN. Alto!
como más avanceis quedan sin vida!
SOL. Don Juan.

(Doña Sol se desprende de la mano de Hassan y corre hácia don Juan: entonces Hassan é Hissem corren tras ella y al ir á herirla dice don Juan.)

D. JUAN. A ellos Moncada!
NIÑA. Padre!!

SOL. Don Juan mio!

(Don Juan y Moncada derriban á hachazos á Hissem y Hassan y recobran á doña Sol y la niña.)

D. JUAN. Huye el turco cubierto de mancilla.
Victoria por el Rey!
Viva Castilla!

ACTO SEXTO.

EL ALCÁZAR.

Salon magnífico en el Alcázar de Madrid.—Galería alta en el fondo, á la cual se sube por dos escalinatas que hay á derecha é izquierda; bajo la galería, la gran puerta de entrada—Trono con gradas á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

CORTESANOS.

CORT. 1.° Dicen que fué gran jornada!
CORT. 2.° Don Juan de Austria se ha lucido.
CORT. 1.° Por eso el rey don Felipe,
aunque no es nada espansivo,
le prepara un triunfo grande
á juzgar por lo que vimos.
CORT. 2.° Mucho mejor para el clero.
Mucho salmo... muchos cirios...
CORT. 1.° Silencio! se acerca el rey!

ESCENA II.

DICHOS Y EL REY.

CORT. 2.° Gran señor!
CORT. 1.° Señor invicto!

REY. Cuando anuncien mis cañones
que se aproxima á este sitio
el célebre don Juan de Austria
mi buen hermano querido,
entrad todos á rendirle
el respeto de que es digno.

CORT. 1.º Asi lo haremos señor...
vuestras plantas beso.

REY. Idos!

ESCENA III.

EL REY.

Sublime, heróica accion
que más mi dicha eslabona;
don Juan, tendrás galardon,
que quien guarda mi corona,
guarda asi la religion.
Pues prudente ó iracundo,
es muy sabido que el mundo,
aunque me juzgue tirano,
sabe que es muy buen cristiano
el rey Felipe segundo.

(Entra doña Sol con muestras de alegria.)

ESCENA IV.

EL REY.—DOÑA SOL.

SOL. Deja, señor, que en mi delirio ardiente
bese tus plantas de entusiasmo henchida;
deja á la amante que dichosa cuente
los triunfos del encanto de su vida.

Deja que erguida mi orgullosa frente,
por de don Juan la gloria conseguida,
la historia de sus hechos te relate
y que en mis ojos mi placer retrate.

REY. Todo lo sé, hija mia, don Juan mismo
en breve aquí vendrá.

SOL. Pues nada ignoras
sin duda, gran señor, que agora mismo
don Juan y sus escuadras vencedoras
el premio aquí hallarán de su heroismo.
Pueblo, clero, nobleza y las señoras
de tu córte vendrán: no haya egoismo
para premiar hazañas bienhechoras.
Dá tú á los hijos del glorioso Marte,
una corona más á su estandarte!
Avisadas las damas de la córte,
las más ilustres, las de más encanto,
ávidas esperando están avaras
al que triunfó en el golfo de Lepanto.
Del templo sacrosanto ante las áras
lleva al héroe, señor, que adoro tanto,
y si quieres hacerme venturosa,
haz que yo sea su adorada esposa!
Perdona mi delirio, tal lo creo:
porque yo la inmortal sublime escena
sin soñar, me figuro que ya veo:
miro á don Juan subido en una entena
ïr más allá de su mejor deseo,
fijos sus ojos de irritada hiena
del mahometano infiel en el trofeo.
Véole, en fin, en los momentos graves,
coger la tea, é incendiar las naves;
y le veo luchar desesperado
del irritado mar contra las olas.
De peligros le veo circundado,
mas tambien de divinas aureolas;

y al fin valiente y vencedor soldado,
véole alzar banderas españolas,
y vencer á los tigres violentos,
y domar á los fieros elementos.
Sigue don Juan logrando la victoria,
yo te hacino cosecha de laureles:
con letras de oro grabará la historia
tus triunfos al lidiar con los infieles.
Don Juan de Austria inmortal, tuya es la gloria,
tú de España levantas los doseles,
tú dominas al mar, rompes la roca
y á mí de amor, don Juan, me vuelves loca.
(*Váse.*)

ESCENA V.

EL REY SOLO.

La disculpa su pasion.
Oh! mundo, centro de errores!
Ella vive en sus amores...
Yo... para la religion.
(Suenan cañonazos.)
Don Juan llega: Ola! acudid!
(Sale un ugier.)
Entre mi córte al momento.
Recibamos con contento
al nuevo valiente Cid.

ESCENA VI.

ENTRAN NOBLES, CLERO, SOLDADOS, PUEBLO, DAMAS, PAJES, UGIERES; despues de colocarse convenientemente en la escena, entran los capitanes con las banderas y trofeos tomados á los enemigos; los precede don Juan de Austria, tras éste los cautivos y un gran número de guerreros españoles: al lado de don Juan salen los dos hijos de Ali-Bajá.—Apenas don Juan aparece en escena, dan á éste un viva que es contestado por todos. Don Felipe subió al trono, á su derecha el clero y arzobispos; á su izquierda la nobleza, el pueblo al fondo.

REY. Gracias tributo á Dios omnipotente;
del triunfo que á la flota del cristiano
ha concedido, bello y explendente!
Con él se ha hundido del feroz pagano
en el abismo la orgullosa frente.
Don Juan! de la fé santa por tu celo
mi parabien te doy: de tu alma osada
no ménos esperaba mi desvelo,
y de lo que es capaz tu ardiente anhelo
supe, al darte mision tan delicada.

D. JUAN. La palma que los fieles han cogido,
Dios la hizo descender del firmamento
sobre un pueblo por él de amor henchido:
yo fuí tan solo un débil instrumento
por la divina mano protegido.

REY. Del reparto que habeis al botin dado
en Mesina, me encuentro satisfecho.
Justo es que al Santo Padre se haya dado
la mayor parte: suya es de derecho,
pues de la Iglesia por quien se ha lidiado
cabeza es.—Ahora estoy ansioso,
por escuchar de tí los pormenores
de combate naval tan asombroso.

Refiérame tu boca los horrores
y la alta prez de dia tan dichoso.

D. JUAN. Hermano y rey. Mi voz no es suficiente
á bosquejar de tan solemne dia
la insigne prez, la gloria refulgente,
ni de tanto infanzon fiero y valiente
las proezas sin fin y la osadía.
Torpe mi acento, referir no osa
un cuadro tan sublime exactamente:
por lo tanto con lengua temerosa,
os haré una reseña solamente
de batalla tan grande y portentosa.
Salieron los bajeles de la flota
aliada, del puerto de Mesina;
y al implorar la proteccion divina,
el entusiasmo de los pechos brota
y una chispa de Dios les ilumina!
La componian ciento y cuatro naves
que tripulaba la española gente,
anhelando el combate ávidamente
dispuesta á superar peligros graves;
y comandaba yo tanto valiente!
Ciento veinte galeras venecianas
que mandaba el intrépido Veniero,
ansiosas de avistar las otomanas
y demostrar al turco altivo y fiero
la fuerza sin igual de almas cristianas.
Y del Papa, aunque pocas, por su gloria
contaban en sus bravos capitanes
Marco Antonio Colonna, Andrea Dória,
Barbarigo, terror de musulmanes,
y otros muy dignos de eternal memoria.
Era el total veinte y dos mil guerreros
de corazon de bronce y de alma fuerte,
que al desnudar sus fúlgidos aceros
esparcian potentes y altaneros

en las filas de Omár estrago y muerte.
Al entrar en el golfo de Lepanto
avistamos la armada numerosa
del pagano feroz, que amargo llanto
verter hizo á la Italia generosa,
difundiendo en sus costas el espanto.
Trescientas galeotas comandaba
contra el cristiano, Ali-Bajá sangriento;
á soldados sin cuento tripulaba,
y de humillar las nuestras abrigaba
el miserable y vano pensamiento.
Al ver su alarde, ciego de corage,
puse mi escuadra en forma de batalla,
ganoso de lavar el fiero ultraje
que á Jesus infirió la ruin canalla,
convirtiendo en su tumba aquel parage.
Ocupó la derecha Andrea Dória;
la izquierda Barbarigo; y combatia
Francisco Duodo al centro, que la gloria
obtuvo con su fuerte artillería
de inclinar á los fieles la victoria.
El de Bazan en la reserva estaba,
el buen marqués de Santa Cruz valiente,
para que con las naves que mandaba,
acudiese, si el riesgo le llamaba
á donde fuese aquel más inminente.
Avanzó el enemigo á nuestro encuentro:
Mahomet Siró la diestra dirigia;
á la siniestra Bluc-Alí venia,
y el fiero Alí-Bajá mandaba el centro
lleno de confianza y osadía.
Mi galera y la suya se buscaron;
y con igual furor se arremetieron.
Con fuerza colosal ambas chocaron,
entrambas largo tiempo combatieron,
y un momento su furia no dejaron.

El combate sangriento se complica;
nadie dá paz á la cansada mano;
la sangre ardiente por do quier salpica,
y aunque menor en número el cristiano,
por la fé de su Dios se multiplica.
Favorecidas por la mar y el viento
al principio las naves otomanas,
acosaban con ávido ardimiento
y próspera fortuna á las cristianas;
pero cambióse aquel en un momento
por un milagro de Jesús divino,
y á las contrarias bárbaras legiones,
que triunfantes alzaban sus pendones,
en denso y furibundo torbellino
el humo les cegó de los cañones.
Envuelta en él la poderosa flota,
sus bajeles do quier se desbandaron:
la oscuridad las huestes alborota,
y tan solo la vista recobraron
para llorar sus ojos su derrota.
Las naves que no fueron incendiadas,
temerosas huyeron los reveses
del combate naval apresuradas,
como suelen huir tímidas reses
por los lobos hambrientos acosadas.
Dejará el dia de Lepanto al mundo
una radiante gloria inmarcesible,
y un recuerdo tan vivo y tan profundo
del valor del cristiano sin segundo,
que olvidarse jamás es imposible.
Allí de entre las olas se levanta
del español preclaro el heroismo,
que al enemigo de la cruz espanta,
y que ensalza del puro cristianismo
la religion eterna y sacrosanta.

REY. Al escuchar tanta sin par hazaña,

tengo á gloria ser rey afortunado
de nacion de tanto héroe en la campaña;
y gracias doy al Hacedor, postrado,
porque en el trono me sentó de España.
Grande es, hermano, tu merecimiento:
cuanto pidas te otorgo sin demora.

D. JUAN. (*Coge de la mano á los hijos de Alí y los presenta al rey haciéndolos postrar delante del trono.*)
Para los hijos de ese Alí cruento
la libertad, señor, te pido ahora:
humildes á tus plantas los presento;
su corta edad merece tu indulgencia.

REY. Libres son.

D. JUAN. Te doy gracias en su nombre,
y pido á Dios dilate tu existencia;
si es prenda de valor en cualquier hombre,
en un rey es celeste su clemencia.

REY. Muy bien; en el alma acongojada
(*Baja del trono y abraza á don Juan.*)
tienes un vivo y singular anhelo
que ocultas por rubor á mi mirada:
pero yo adivinando tu desvelo
te guardo una sorpresa.—Ola! Moncada!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—MONCADA, DOÑA BEATRIZ, DOÑA SOL Y DOÑA ANA que salen por el foro.

D. JUAN. (*Sorprendido y gozoso al ver á doña Sol y á doña Ana.*)
Qué miro, cielo!

BEATRIZ. Ilustre don Juan de Austria.
Aquí os presento vuestra noble esposa,
vedla; doña Sol Gomez de la Vega;
yo la madrina soy de vuestras bodas.

MONCADA. Bien hermana. (Infeliz!)

SOL. (*Postrándose ante el Rey.*) Gracias sin cuento
de un alma agradecida os dá mi boca!

REY. Levantad doña Sol: recompensado
me miro al contemplar que sois dichosa.
Ahora tú, mi don Juan, el noble acero
desnuda nuevamente valeroso,
y más laureles tú ánimo guerrero
conquiste contra el turco poderoso:
ora mi real capilla que abrais quiero
y una salve mi coro religioso
á la Reina de arcángeles eleve
y nuestra gratitud á ella la lleve!

(Abrese la capilla que está en la galería dejando ver el altar mayor profusamente iluminado, los religiosos se arrodillan entonando la salve á los acentos del órgano; mientras dura esta ceremonia, baja el rey del trono, dá la mano derecha á don Juan y la izquierda á doña Sol y los coloca en la última grada del trono: doña Sol sube á la niña que don Felipe pone á su lado.)

D. JUAN. Bellas damas y célebres guerreros,
todos, y tú tambien, rey de Castilla,
las rodillas doblad y los aceros
que en presencia de Dios todo se humilla.
(*Todos se arrodillan.*)
Démosle gracias nobles y pecheros
pues de la gloria el sol límpido brilla;
hoy ni una nube nuestro honor empaña.
Gloria á Dios, gloria al trono, gloria á España!!

(Los guerreros rinden sus armas, los capitanes dirigen los estandartes hácia la capilla. Cuadro general.)

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—*El censor de teatros*, ANTONIO FERRER DEL RIO.

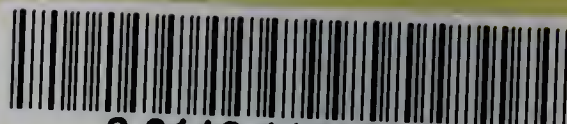
El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés.
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La estudiantina.
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caberna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños.
La amistad ó las tres épocas.
El Diablo las cargas.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los piés de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco piés y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor!
Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton!... y soy dichosa.
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mujer.
Cuerpo y sombra.
Un angel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.



ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La Pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIA.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.